

MONOGRAFICO

LORENZO LUZURIAGA Y EL MOVIMIENTO DE LA ESCUELA UNICA EN ESPAÑA. DE LA RENOVACION EDUCATIVA AL EXILIO (1913-1959)

HERMINIO BARREIRO (*)

UNA BIOGRAFIA TRUNCADA

Lorenzo Luzuriaga es uno de esos españoles «del éxodo y del llanto» que abandonan el país poco después de iniciarse la guerra civil. Su bibliografía —como tantas otras— es también una biografía truncada. Cuando el hombre, el intelectual y el creador estaban en plena sazón, la innombrable tragedia se abatíó sobre nuestro pueblo. El exilio comenzó para él, y para bastantes otros, en 1936. Y será, desde entonces, una sangría incesante que durará tres largos años.

José Luis Abellán, en *La cultura en España*, habla de un «auténtico páramo intelectual», de una «emigración en masa de profesores, pensadores, escritores y artistas», y hace un somero recuento de la nómina de intelectuales y escritores que perdimos: A. Castro, R. Altamira, R. Alberti, L. Cernuda, P. Salinas, L. Felipe, E. Prados, A. Barea, M. Aub, F. Ayala, J. Castillejo, L. Luzuriaga, J. Xirau, J. de Asúa, L. Araquistain, S. Ochoa, E. Mira, M. Zambrano, J. Gaos, W. Rocés, etc. (1).

El propio Jorge Luzuriaga, hijo mayor de Lorenzo Luzuriaga, publicó un artículo en la *Revista de Occidente* en el que analizaba las irreparables consecuencias psicológicas y vitales del exilio entre los vencidos de 1939. El mismo hizo y padeció la guerra y sufrió presidio durante tres años. Es, pues, el suyo un relato en primera persona que refleja, además, el drama familiar (2).

Sobre tan extensa nómina de intelectuales se extendió, durante los años del franquismo, una espesa niebla de silencio, calumnias y rencores. Todos ellos desaparecieron, hasta tiempos muy recientes, de los escaparates de la cultura. Para el pueblo español era como si también ellos hubieran muerto. Silencio, calumnia y

(*) Universidad de Santiago.

(1) Abellán, José Luis. *La cultura en España. Ensayo para un diagnóstico*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1971, pp.9-10.

(2) Luzuriaga, Jorge. «Sobre el exilio. 1939-1941», en *Revista de Occidente*, 12, Caracas, marzo 1964, pp. 345-348.

rencor. Nunca habían existido como intelectuales. Y si quedaba algún recuerdo, en algún fichero perdido de alguna biblioteca, en un archivo, en los restos de los gabinetes de investigación o en una vivienda olvidada, se minimizaban sus aportaciones, se falseaban sus ideas o se rebautizaban sus proyectos (3).

Los que así procedían no asumían las palabras de Azaña: «Vendrá la paz y vendrá la victoria. Pero la victoria será una victoria impersonal... No será un triunfo personal, porque cuando se tiene el dolor de español que yo tengo en el alma, no se triunfa personalmente contra compatriotas...» (4).

Ingente es la cantidad de estudios realizados sobre esta gran odisea contemporánea. Grande es también la solidaridad que despierta en el mundo. Será igualmente fuente de inspiración para un elevado número de obras literarias y artísticas (5).

1939 es, pues, para Lorenzo Luzuriaga, un punto sin retorno. Nada podrá seguir siendo igual. Su vida queda así cortada en dos. Nos interesa ahora conocer un poco al Luzuriaga que vive y trabaja en España durante 47 años...

ORIGENES

En unas notas autobiográficas, Luzuriaga rememora así sus orígenes:

«Nací el 29 de octubre de 1889 en Valdepeñas (Ciudad Real), siendo mi padre maestro (Director de Escuela) y mi madre hermana de un maestro de la misma escuela... Tanto mi padre como mi madre se casaron en segundas nupcias, teniendo mi padre un hijo, Fermín, y mi madre otro, Recaredo, que ya eran maestros. Así, pues, he tenido padre maestro, dos tíos maestros y dos hermanos maestros; no se puede pedir más pedagogía...» (6).

El año 1909 ingresa en la Escuela Superior de Magisterio. Por aquel tiempo, empieza a frecuentar la biblioteca del Museo Pedagógico Nacional. «Allí acudía —dice en sus notas autobiográficas— para mis lecturas, que eran muchas.» Y allí conoció a Cossío, que le presentó a Giner. «Este fue —dice— el encuentro decisivo de mi vida.» D. Franciso le hizo entrar en la Institución Libre de Enseñanza, en la que fue, a la vez, alumno y maestro, de 1908 a 1912.

(3) La *Revista de Pedagogía* desapareció. Lorenzo Luzuriaga sólo conseguirá editar algunos volúmenes más en Tucumán (Argentina) en 1939. El proyecto de continuarla no cuajó, principalmente por problemas de financiación.

Una publicación de los «nuevos pedagogos» de las posguerra en España llevaría el título de *Revista Española de Pedagogía*, que suena a rebautizo «patriótico». Su contenido será claramente confesional, clerical y dogmático.

(4) Azaña, M. *Discurso en la Casa Consistorial de Valencia*, enero de 1937, recogido en parte por Claudio Lozano en *La educación republicana* (Universidad de Barcelona, 1980, p. 363) y en un comentario de Gil-Albert, *Memorabilia* (p. 276), con expresión de su lugar en las *Obras Completas* de Manuel Azaña. Vid. también los comentarios del propio Azaña sobre su *Discurso*, en *Memorias políticas y de guerra*, vol. 2, Barcelona, Crítica, 1978, p. 22 y ss.

(5) Véase, por ejemplo, José Luis Abellán, *op. cit.*, *passim*.

(6) «Negro sobre blanco», *Boletín bibliográfico*, 17. Buenos Aires, Ed. Losada, febrero 1961, Tercera Epoca.

Los años 1908 y 1909 suponen, por tanto, para Luzuriaga, el primer contacto con la ILE y con la Escuela Superior de Magisterio, es decir, con aquellas personas que van a determinar la trayectoria intelectual de toda su vida. Si en la ILE estaban Giner y Cossío, en la Escuela se encontrará con Ortega, que acababa de llegar de Marburgo. Y, junto a ellos, repartidos en ambas instituciones, Simarro, A. Buylla, Luis de Zulueta, etc. Se acercan para Luzuriaga años de formación que serán decisivos en su vida. A estos encuentros habrá que añadir otros que, en conjugación, irán trazando el perfil intelectual, la ideología política, la formación científica y el talante humano del joven Luzuriaga.

AÑOS DE FORMACION

En 1912 Luzuriaga es ya Inspector de Primera Enseñanza. Pertenecía a la primera promoción de la Escuela Superior del Magisterio. En 1913 consigue una beca para estudiar en Alemania. Se va a Marburgo y Jena, donde estudia con los profesores Münch y Rein. Desde Alemania inicia sus colaboraciones en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (BILE). Y lo hace con una serie de artículos sobre lo que será una de sus preocupaciones dominantes a lo largo de toda su vida: la *escuela única*. En un primer momento habla de *escuela unitaria* como alternativa al dilema escuela privada/escuela pública. Alude al centenario alemán de 1813 y basa sus razonamientos en Fichte. Con humildad, «invita a una colaboración científica del problema...» (7).

Al finalizar el curso 1913-14 en Alemania, regresa a España. Comienza su etapa de funcionario, profesor y publicista, que sólo interrumpirá esporádicamente con sus visitas al extranjero para dar conferencias, asistir a congresos o realizar esa puesta al día cultural y científica que será una característica común a todos los hombres de la generación del 14. 1914 es el año —el de su generación, que él bautizó— en el que inicia la tarea densa, continuada y estable de creación intelectual.

Seguían vivas en él las huellas de Giner y Cossío, las dos primeras influencias, armónicas y poderosas, que había recibido en su primera juventud. Si de Giner hereda la tolerancia, el espíritu crítico, el rigor científico y el amor por la obra de la educación, de Cossío recibirá un modelo para esa acción pedagógica concreta; modelo a cuyo lado se forma durante varios años decisivos. Y si Giner es para él el precursor de lo que será más tarde la *Educación Nueva*, Cossío será «uno de los precursores más ilustres de las dos ideas básicas de la educación de nuestro tiempo: en el aspecto interno, de la *Escuela Activa*, y en el externo, de la *Escuela Unificada*» (8).

Y junto a Giner y Cossío, Castillejo, Simarro y Altamira. Con Castillejo aprenderá tareas organizativas indispensables en toda empresa moderna y aprenderá también el «europeísmo» necesario para una España subdesarrollada; adiestramiento y aprendizaje que Luzuriaga tratará de reproducir, por ejemplo, en su *Re-*

(7) BILE, 635, 1913.

(8) Luzuriaga, L., *La escuela nueva pública*. Buenos Aires, Losada, 1948, p. 132.

vista de Pedagogía. Este afán por romper el tradicionalismo autárquico y aldeano de la cultura española era una herencia que la ILE debía, en buena medida, a uno de sus maestros: Joaquín Costa. Romper con esa tradición era el principio del camino de la «regeneración nacional», para Costa (9).

Con Simarro aprende Luzuriaga lo más sobresaliente de la nueva ciencia de la Psicología; en particular, los últimos avances en «fisiología de la actividad nerviosa superior» de Pavlov. Hace entonces Luzuriaga sus primeras lecturas de Freud. Por otra parte, en el «Centro de Estudios Históricos» aprenderá con Altamira la técnica de la investigación histórica (10). La importancia de la psicopedagogía y la historia de la educación en el Luzuriaga maduro es buena prueba de su deuda con estos dos maestros.

La impronta intelectual institucionista se dejará sentir en nuestro autor a lo largo de toda su vida. De aquellos años y de sus estudios de entonces hablará siempre con afecto y con una no disimulada nostalgia:

«(La ILE) constituyó una escuela de ensayo y reforma de carácter experimental, aunque de orientación idealista, que en sus métodos y en sus ideas se adelantó en mucho a las «escuelas nuevas» europeas posteriores. La Institución ha sido el núcleo de donde ha surgido la renovación pedagógica de España» (11).

Luzuriaga asimila, pues, durante esos años, ciertos principios éticos, profesionales y científicos que ya no abandonará nunca. Eran *el estilo* de la Institución, la creencia mesiánica en una libertad sin límites, el utopismo pedagógico, que estarán presentes en buena parte de su obra.

Pero, por otro lado, seguía pugnando en él el rebelde desclasado sin medios económicos que siempre había sido, el hombre aficionado a la vida política desde muy pronto, decidido a estar siempre cerca de los centros de poder; consciente, en definitiva, de que la educación deseada —o determinada concepción de los fines educativos— estaba siempre en función de un determinado *proyecto político*. ¿Hasta dónde van unidas y dónde deben separarse —si deben— *educación, cultura y política*? Luzuriaga se planteará este problema reiterada y contradictoriamente a lo largo de su obra. Tratará de salvaguardar su libertad individual, su independencia y la libertad y la independencia de sus obras de creación, pero no renunciará nunca a luchar por unos ideales de renovación y de progreso que le llevarán desde posiciones políticas radicales a posiciones de más amplio espectro y que defenderá encarnizadamente.

(9) Vid. Tierno Galván, E., *Costa y el regeneracionismo*, Madrid, 1960, *pássim*; Turin, Y., *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902*, Madrid, Aguilar, 1967, *pássim*; y Posada, A., *Política y enseñanza*, Madrid, 1904.

(10) Vid. *Documentos para la historia escolar de España* (2 vols., Madrid, Cosano, 1916-17), que es el primer fruto de su trabajo en el Centro de Estudios Históricos, que dirigía Rafael Altamira, uno de los grandes animadores de la labor de «extensión universitaria» de la ILE en Oviedo. Una proyección importante de los trabajos de investigación realizados en ese Centro puede verse en el BILE, sobre todo en los números correspondientes a 1918-1920.

(11) Luzuriaga, L. *La escuela nueva pública*, *op. cit.*, p. 123.

Esta ambivalencia de su personalidad política le hará pasar del radicalismo de la época del semanario *España* y el diario *El Sol* a la prudencia política de los primeros tiempos de la *Revista de Pedagogía*, y del radicalismo republicano al desconcerto del exilio y la guerra fría. Luzuriaga es, en definitiva, un buen paradigma de la encrucijada intelectual y política del segundo decenio de nuestro siglo en España.

El proyecto político que apoyaba la ILE era de una gran nitidez, así como sus objetivos en tanto que *escuela de cuadros*. Pero no por ello renunciaba a la mayor incidencia posible en el cuerpo social de la nación (12). No obstante, el joven Luzuriaga pretendía proyectarse mucho más lejos y trataba de penetrar más y más en el entramado social y político español. A partir de 1914, Luzuriaga se va a ir situando en una posición cada vez más radical, más combativa y más a la izquierda que la de la mayoría de los hombres vinculados a la Institución.

ORTEGA Y AZAÑA

A estas influencias y a estas inquietudes, que van en aumento, se suma, a partir de 1909, su primer encuentro con Ortega. Ortega había sido uno de los primeros becarios de la JAE en el extranjero. EN 1905 se había ido a Alemania, donde trabajó durante dos años en la Universidad de Marburgo. A su regreso, ganó la cátedra de Filosofía de la Escuela de Estudios Superiores de Magisterio. Dos años después, sería catedrático de Metafísica en la Universidad Central.

Las clases de Ortega en la Escuela son las que le descubren a Luzuriaga el mundo de la filosofía. A partir de ese momento, la influencia de Ortega en Luzuriaga será constante, pero, al mismo tiempo, intermitentemente intensa, coyuntural. Sus primeras coincidencias importantes van a tener lugar en la *Liga de Educación Política*, fundada por el propio Ortega y por Azaña. En el seno de esa *Liga* estallarán pronto las primeras contradicciones. Luzuriaga será una figura tan ansiosa de renovación y cambio que pertenecerá, simultáneamente, a dos asociaciones con objetivos no siempre coincidentes: la *Liga* y la *Escuela Nueva*, de Núñez de Arenas.

La atracción que Ortega ejercía sobre Luzuriaga era una atracción de brillo intelectual, de prestigio, de cultura sofisticada. Pero el instinto político y la posición de clase de Luzuriaga sigue, en aquellos años, otros derroteros. Las conclusiones que suele extraer nuestro autor de las tesis de Ortega casi siempre son distintas de las del propio Ortega. Es como si hicieran una lectura diferente —producto de su *circunstancia* diferente— de los acontecimientos. Las *circunstancias* —por poner este mismo ejemplo— no serán para Ortega lo que van a ser para Luzuriaga. Hay, pues, atracción orteguiana, pero no identificación plena con su filosofía.

A partir de 1914 Luzuriaga estará mucho más cerca de Azaña que de Ortega. Y participará, en la práctica, de esa filosofía azañista, según la cual «la confluencia

(12) Véanse al respecto los estudios clásicos de Tuñón de Lara, Gómez Molleda, Molerio Pintado, etc.

de la vida intelectual, puramente interior, con la vida social y exterior, lucha entre todos, es el torbellino donde uno quisiera estar siempre, como en el foco donde se condensan todas las actividades» (13). Hasta tal punto participa que, llevado por su rebeldía juvenil y su afán renovador, estará, en menos de siete años, en el centro mismo de la tormenta política del socialismo: la escisión del PSOE. Por tanto, muy a la izquierda de Ortega y también a la izquierda de Azaña.

La diferencia esencial reside en que la política es, tanto para Ortega como para Azaña, una empresa compleja que necesita dedicación exclusiva. De los dos, Azaña será, evidentemente, el más profesional de la política —aunque sin abandonar nunca sus posiciones críticas e intelectuales—. «Profesionalidad» que se deriva de sus mismas concepciones, de sus ideas sobre lo que debía ser la política, en aquel momento, en España (14). Luzuriaga, por el contrario, opta por el radicalismo, pero en el terreno estricto de una militancia derivada de su profesión pedagógica y de su trabajo cotidiano. Luzuriaga se comporta entonces como un cuadro del PSOE especializado en tareas educativas (15).

LA «ESCUELA NUEVA»

A partir del X Congreso del Partido Socialista, celebrado en 1915, se produce una entrada masiva de intelectuales en el partido. Detrás de ese movimiento estaba una institución que venía realizando un trabajo tenaz y meritorio: la «Escuela Nueva». La «Escuela Nueva» es la institución que impulsa orgánicamente esa tendencia, que lleva consigo la iniciación —apuntada ya años atrás— de un proceso de fusión de ciertos círculos intelectuales con el movimiento obrero socialista. Núñez de Arenas será el director de esa Escuela y uno de sus grandes animadores. Luzuriaga será igualmente uno de los socios más activos de la institución.

La «Escuela Nueva» refleja, en buena medida, el autodidactismo obrero institucionalizado. En sus inicios, se dan cursos elementales de ciencias aplicadas y algo de historia y de arte. Pretende una mejora profesional y una mayor cultura general de los trabajadores. Es un intento político pedagógico de evitar las consecuencias de la división social del trabajo; de romper, de alguna forma, las barreras entre el trabajo manual y el trabajo intelectual; de aproximar, en definitiva, las posiciones de los obreros y de los intelectuales. Trata de facilitar el acceso de los obreros a la cultura y procura profundizar en la línea de las escuelas de las «Casas del Pueblo».

A partir de 1912, sólo dos años después de su fundación, se politiza un poco más. Se organiza entonces un ciclo de conferencias y debates sobre «Historia de las doctrinas y de los partidos socialistas» (16). De este modo, se abre un nuevo período de la Escuela que vendría caracterizado por resonantes polémicas en torno

(13) Citado por Marichal, J., en *La vocación de Manuel Azaña*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1971, p. 103.

(14) Marichal, J., *op. cit.*, p. 106.

(15) Véase su trayectoria en la dirección de la *Revista de Pedagogía*.

(16) Tuñón de Lara, M. *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 1977, 3.ª ed. corregida y ampliada, p. 158.

a los principales problemas que vivía entonces el socialismo. En el curso 1914-15, el clima de efervescencia política e intelectual del país, que coincidía con la tensión internacional (Primera Guerra Mundial), se refleja también en la Escuela. El tema general del curso es: «Problemas de la España actual». La sintonización con gentes de la ILE es entonces muy grande.

Durante el curso 1915-16 se abordó el tema del «socialismo y la guerra». Dieron conferencias allí Núñez de Arenas, García Quejido, Pablo Iglesias y otros. La Escuela era, cada vez más, un centro de cultura viva. Las cuestiones educativas, culturales y políticas se imbricaban en un contenido único, pero analizado de una manera entrelazada, muy dinámica y polémica, desde puntos de vista diversos. Objetividad y pluralismo eran notas dominantes entonces en la institución.

Pertencieron a la «Escuela Nueva» Azaña, Ortega, Luzuriaga, Castillejo, Lafora, Xirau, María de Maeztu y otros muchos. En su núcleo central estaban Núñez de Arenas, Leopoldo Alas, Araquistain, Carande y Morente. La Escuela desempeñaría un papel relevante en el proceso de escisión del PSOE, que culminaría en 1921. Y en ese proceso tendría una importante intervención personal Lorenzo Luzuriaga.

La *Liga de Educación Política* y la *Escuela Nueva* se constituyen, así, en las dos asociaciones más importantes de la intelectualidad del 14. En ellas nacerán partidos, alianzas, manifiestos, plataformas políticas, etc., que nutrirán la teoría y la práctica políticas de las clases medias españolas durante los años siguientes.

«En verdad, Liga de Educación Política y Escuela Nueva significaban dos conceptos diametralmente opuestos de la cultura en cuanto a la relación del hombre y la sociedad, la función creadora de cultura, etc. La Liga de Educación Política tiene una concepción vertical y casi jerárquica de la misión cultural; la Escuela Nueva la tiene horizontal y tiende precisamente a borrar la diferencia, si la hubiera, entre «selectos» y «vulgares» (...) Queda, no obstante, el fenómeno de entrecruzamiento como signo evidente de una sociedad intelectual a la búsqueda de soluciones, gran parte de cuyos miembros se encuentran en la encrucijada» (17).

Una prueba llamativa de este «entrecruzamiento» (tesis de Tuñón de Lara) nos la proporcionará Lorenzo Luzuriaga, quien, sin encontrarse en el núcleo central de la «Escuela Nueva», asistirá como delegado por Begoña al XI Congreso Extraordinario del PSOE y, con la delegación de la Escuela Nueva y otras, asumirá las posiciones «terceristas» y más radicales (grupo escisionista), siendo uno de los fundadores, el 13 de abril de 1921, del PCOE (Partido Comunista Obrero Español).

SOCIALISMO MILITANTE

El 30 de abril de 1915 Luzuriaga publicaba en *España* un artículo titulado «*El socialismo y la escuela*». En él leemos:

«Con el advenimiento del proletariado organizado a la vida pública se ha introducido también en la política una nueva concepción de la Escuela y de su misión

(17) *Ibidem*, p. 182.

social. En el fondo se trata de llevar al mundo de la cultura los mismos principios que al económico: junto a las reivindicaciones por una mayor justicia en la distribución de la riqueza, la democracia social presenta –aunque no tan acentuadas– la exigencia de una mayor equidad en el reparto de los bienes culturales».

No será éste el último intento de Luzuriaga en acercar los razonamientos educativos a los económicos y políticos o, lo que es lo mismo, en utilizar realidades de la lucha política y social como argumentos para las reivindicaciones educativas. Conexión que tiene, además, el objetivo de llevar a la conciencia del pueblo la necesidad de que la educación deje de ser un privilegio y pase a ser un derecho dentro de un Estado moderno.

Se refiere Luzuriaga, en ese mismo artículo, a que la escuela pública o nacional es una de las grandes creaciones de la Revolución Francesa. Y dice más adelante:

«La Escuela Pública es todavía, en la mayor parte de Europa, la escuela de los pobres o, a lo más, de la pequeña burguesía. Las clases acomodadas sustraen la educación de sus hijos a la acción educativa del Estado –quizá la única función legítima que puede desempeñar–, enviándolos a colegios privados o educándolos en sus casas. Así se fomenta también, con riesgo de la conciencia comunal, la lucha de clases.

Y contra esto protesta el Socialismo, oponiendo frente a la escuela de clases la escuela en unidad, para la cual no hay niños ricos ni pobres, religiosos ni no religiosos, sino niños de mayor o menor capacidad, con éstas o aquellas disposiciones».

Tras hacer alusión a las enseñanzas secundaria y superior como privilegio exclusivo de las clases acomodadas, dice:

«En España, por ejemplo, por los datos aproximados que he podido obtener, el número de alumnos que frecuentan los diversos establecimientos escolares es éste:

Enseñanza Primaria.... 1.492.072

Enseñanzas Secundaria y Superior.... 85.000 (...)

Por cada mil alumnos de Primera Enseñanza, pasan no más de 57 a la Secundaria y Superior. A esa manifiesta desproporción sólo se le puede encontrar un fundamento económico. Los socialistas piden, en vista de ello, no tanto como que todo el mundo llegue a un centro técnico o universitario, sino que a todo el mundo se le ponga en condiciones de poder hacerlo, si sirve para ello. Que se haga, en efecto, una selección entre los alumnos, pero no como la actual, por la riqueza, sino ante todo por las capacidades».

Y más adelante recoge Luzuriaga estos otros elementos:

«Junto a estas peticiones presenta el Socialismo otras no menos importantes, como la *unificación*, guardando su especial carácter, de todos los organismos docentes en una especie de escuela gigante, desde la escuela de párvulos hasta la Universidad, con un Magisterio *único*; el alejamiento de los elementos puramente políticos de los organismos directivos de la enseñanza; la coeducación de los sexos, etc., que serán el motivo de las contiendas escolares de nuestro siglo, como lo fue la organización de la Escuela Pública en el pasado.» (*Los subrayados son nuestros*).

POLITICA Y EDUCACION

Las preocupaciones dominantes en la acción educativa y pedagógica de nuestro autor se perfilan, pues, con nitidez desde estas colaboraciones en el semanario *España*, que tendrán su continuación en las páginas de *El Sol* (1917-1921) y que alcanzarán su máximo desarrollo en la *Revista de Pedagogía* (1922-1936).

El periodo 1914-1921 nos confirma que el camino que sigue Luzuriaga es el de la vinculación constante entre *política y educación* (aunque preservando la autonomía de ambos dominios), el de la divulgación y crítica de las teorías, movimientos y autores de vanguardia y el de la preparación de los maestros. Su evolución ideológica y política se ciñe, cada vez más, a los criterios de la práctica y sus posiciones van al compás de los acontecimientos históricos trascendentales de estos años.

Por otra parte, los acontecimientos de 1917 en España y Rusia cavan una profunda fosa entre muchos de los componentes del grupo generacional del 14. Son sucesos que trazan líneas de demarcación definitivas para muchos de ellos y que el tiempo profundizará. Nunca Lorenzo Luzuriaga ha debido sentirse tan lejos de las posiciones políticas de Ortega como entonces.

Será justamente a partir de 1917 cuando Luzuriaga inicie su colaboración semanal en *El Sol*: una «Página de Pedagogía e Instrucción Pública». En su conjunto, la lectura ideológica y política de estos cuatro años de colaboración ininterrumpida nos ofrecerá la imagen de un Luzuriaga muy dentro de las posiciones socialistas más combativas, esbozando asimismo ya los primeros elementos teóricos de la *Escuela Unica*, divulgando cuestiones básicas de organización escolar en el marco del sistema educativo y en el de la escuela, presentando en España a los autores, teorías y movimientos de vanguardia en el ámbito educativo o en campos próximos a los de la educación y elaborando las bases para una preparación científica y cultural de los maestros.

Le vemos, pues, tratando de «hacer precisión» en pedagogía, como decía Ortega. No la hace como *teórico* —que no lo es—, sino como *práctico*. Simplemente informa, expone los problemas, orienta metodológicamente. Su crítica no es esencialmente pedagógica —aunque tampoco deje de ser tal—, sino sociológico-educativa o histórico-educativa. Luzuriaga se concede un orden de prioridades y sabe que España necesita una reforma «en extensión», antes que una reforma «en profundidad». Cossío y la ILE —muerto ya Giner— actúan *en profundidad* y buscan una *nueva escuela*. Luzuriaga, en cambio, en estas colaboraciones en *El Sol*, atiende más a lo macroestructural, aunque sin olvidar la interrelación y la complementariedad existentes en ambas líneas de investigación. También Cossío y la ILE se preocupan por la extensión educativa; pero esto no es lo principal para ellos, entre otras razones, porque sus posibilidades de actuación en los aparatos del Estado son limitadas. Luzuriaga, por el contrario, tiene ya otro estilo y otros objetivos.

LA «ESCISION»

Durante estos años Luzuriaga une a su militancia política e intelectual —su firma aparecerá en numerosos manifiestos— una intensísima actividad profesional.

Pero esta actividad y este «hacer política» desde posiciones tan «profesionalistas» no le impedirán estar en lugar destacado en uno de los más importantes procesos políticos de estos años: el proceso de escisión del PSOE.

Los pormenores de este proceso, que se inicia en 1919, pueden verse con detalle en numerosas obras históricas y, con una interpretación aguda, en la obra de Luis Gómez Llorente *Aproximación a la historia del socialismo español* (18).

Durante el desarrollo de este proceso de escisión (1919-1921), la «Escuela Nueva» juega un papel fundamental. Recordemos su participación en los Congresos Ordinarios X y XI (al XI había enviado Luzuriaga sus «Bases para un programa de Instrucción Pública», que presentaba la Escuela). Así, en 1919, como homenaje a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, que acababan de ser alevosamente asesinados, promueve la Escuela un gran mitin, del que da *El Sol* una amplia referencia (19).

¿Estaba Luzuriaga bien informado del movimiento socialista alemán? En algunos trabajos suyos de esta época hace reiteradas alusiones al mismo. Es, pues, presumible que su posición de 1921 obedezca, entre otras razones, a ese conocimiento. En este mitin del que hablamos se lanzaron duros ataques al «socialismo imperialista de Felipe Scheidemann» por parte de Alvarez del Vayo, y Merino y Balbontis cantaron con entusiasmo a la Revolución Rusa. Luzuriaga combatiría durante estos años en *El Sol*, a veces con gran dureza, la política «guerrerista» alemana.

En 1921 Lorenzo Luzuriaga aparece política e ideológicamente alineado con los «terceristas» de la Escuela Nueva. Tiene entonces 32 años. Es el momento álgido de su radicalismo político; radicalismo que nosotros nos atreveríamos a calificar de instintivo, rebelde y populista. Y es que no encontramos en su obra de entonces ningún elemento que nos induzca a pensar en una asimilación seria del marxismo por su parte. Su socialismo, en el plano ideológico, es una pura abstracción y, en el plano político, simple pragmatismo. Por tanto, el papel que juega en el proceso de escisión del PSOE sólo puede explicarse, dada su formación, como sectarismo pequeño-burgués y afán o ambición de estar siempre cerca de los centros de decisión y de poder.

Se conjugan, así, las tres influencias principales en el joven Luzuriaga: institucionalismo, orteguismo y socialismo; las tres, en distinta proporción y en momentos distintos también, siempre en función de la coyuntura sociopolítica española. De las tres, el peso de la herencia institucionalista y el papel de Ortega serían los más perdurables. Pero la posición política socialista nunca sería abandonada tampoco por el pedagogo de Valdepeñas. Solamente convendría reparar en que las preocupaciones políticas cederían ante las profesionales, desde un punto de vista meramente práctico y operativo. Luzuriaga sabía que la política tenía un peso decisivo en su profesión, pero su dedicación principal sería una dedicación pedagógica y técnica.

(18) Gómez Llorente, L. *Aproximación a la historia del socialismo español (hasta 1921)*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972. En las páginas 552-555 puede verse el texto completo del documento del Congreso.

(19) *Ibidem*, p. 478 en texto y nota al pie.

MADUREZ

Del mismo modo que la crisis del 17 en España genera, en buena medida, su radicalismo socialista y populista del período 1917-21 (Luzuriaga se alinearía entonces con el sector «tercerista» del PSOE), la crisis del 30 dará lugar en él a un nuevo tipo de radicalismo: la militancia republicana incondicional de 1931-1936. En medio queda el período «apacible» y «de sedimentación» ideológica y profesional de los años 20. La diferencia esencial consiste en que Luzuriaga es entonces un hombre ya más maduro. Tiene 42 años. Su opción política y profesional —tras el prestigio acumulado a lo largo de los años 20— pretende estar más allá de una opción de partido. Sin duda, estaba influido por ese «cierto redentorismo», que Pierre Vilar señala a propósito de los intelectuales del 98 y del 14, a la hora de la acción política concreta.

Lo cierto es que Luzuriaga vincula ahora aún más estrechamente su filosofía educativa al nuevo tipo de Estado, más que a un partido o a una forma de gobierno. Y ese nuevo tipo de Estado debe ser necesariamente, para él, un Estado republicano. La Segunda República era sinónimo de *enseñanza estatal y laica*, frente a la *enseñanza privada y confesional* de la Monarquía.

Este radicalismo del pedagogo manchego en esta nueva etapa viene a ser, como podemos observar, una posición política de más amplio espectro que la del período 1917-21. Las circunstancias históricas eran otras. Otras eran también sus circunstancias personales. De la primera posguerra mundial se había pasado a la aparición histórica del fascismo. Por otra parte, la crisis del 29 presagiaba negros acontecimientos. El capitalismo se preparaba para una nueva guerra.

En la apuesta política de Luzuriaga, al proclamarse la Segunda República, no sólo iba una conciencia política e intelectual forjada en los últimos veinte años, sino también la ambición personal de unos intelectuales renovadores y combativos empeñados en ser una vanguardia imposible. Los *autores* empezaban a ser *actores*. Y Luzuriaga será uno más entre tantos. En aquella marea, tal vez irrepetible, de 1931 (el «mar del pueblo» de Machado) las posibilidades de acción (y promoción) les parecían infinitas. Poco después, algunos hacían *mutis* desencantados (Ortega y su célebre «no es esto, no es esto»). Otros —Luzuriaga entre ellos— nunca perderían las esperanzas y apoyarían la recuperación popular y proletaria de febrero del 36.

En 1930-31 culminaban el proceso de «vocación política» de muchos de los intelectuales del 14, como dice Juan Marichal (20). De Luzuriaga no podríamos decir otro tanto, en el sentido más amplio de la expresión. Sin duda, era un hombre decididamente político, pero con el tiempo, se iría imponiendo en él la dimensión profesional; si bien es cierto igualmente que el «profesional» Luzuriaga no renunciaría nunca a vincularse estrechísimamente con la vida política y con todo lo que pudiera decidirse en los centros de poder. Desde *Al servicio de la República: llamada*

(20) Son de gran importancia los análisis de Juan Marichal en *La vocación de Manuel Azaña*, a propósito del papel desempeñado en nuestra historia reciente por la generación del 14.

al Magisterio (21) hasta el *Saludo al Frente Popular*, pasando por el *¡Viva la República!* ortegaiano de 1933 (22), es palpable ese comportamiento dúplice.

En 1931 buen número de los intelectuales del 14 accede a puestos privilegiados de los aparatos del Estado. Es el momento en que se da el mayor grado de compenetración y trabajo conjunto entre *institucionismo* y *socialismo*, proceso iniciado ya de alguna manera a finales del XIX y que culmina ahora con la construcción *constitucional* del Estado republicano. La Segunda República, como nos recuerdan los historiadores constantemente, nace más como una «República de *intelectuales*» que como una «República de *trabajadores de todas las clases*» (23).

Por eso, Luzuriaga apuesta decididamente por el Estado republicano. El peso de la formación ideológica de nuestro autor en su conciencia política es aquí evidente. Tal vez habría que caracterizar su posición en este momento como una posición que oscila «entre la reforma y la revolución» —utilizando una expresión de Gabriel Jackson, en el título de una de sus obras—. La «táctica» de Luzuriaga es, al parecer, mantener buenas «relaciones» en los aparatos del Estado sin renunciar a la lucha político-educativa.

En abril de 1931 publica Luzuriaga en la *Revista de Pedagogía* sus *Ideas para una reforma constitucional de la Instrucción Pública*. En el número de septiembre de ese mismo año aparecen las *Bases para un anteproyecto de ley de Instrucción Pública, inspiradas en la idea de la Escuela Unica*. La batalla que emprenden los institucionistas, en general, y Luzuriaga, en particular, por la *educación pública*, en tanto que *Escuela Unica*, es muy fuerte.

PROYECCION INTERNACIONAL

Durante los años 20 Luzuriaga lleva a cabo una lectura reposada de los principios filosóficos que informan el movimiento internacional de la Educación Nueva. El encuentro en Alemania con las concepciones educativas de Natorp y Kerchens-teiner sería decisivo. Luzuriaga había descubierto entonces la importancia teórico-práctica de la dimensión social de la educación. Esa admiración por la obra de los dos pedagogos citados se convertirá en praxis en la década de los 20. Luzuriaga escribe sobre la Educación Nueva y se afilia, con armas y bagajes, a este movimiento europeo de vanguardia. Será el prohombre del movimiento en España y asistirá a los principales congresos y reuniones de la Liga Internacional de Educación Nueva. La *Revista de Pedagogía* será su órgano oficial y portavoz del movimiento en nuestro país.

La adhesión de Luzuriaga a este movimiento de renovación pedagógica —sin duda, uno de los más importantes del siglo— tiene como base la preocupación del

(21) *Revista de Pedagogía*, abril 1931.

(22) Resulta particularmente ilustrativo consultar el repertorio de la *Revista de Pedagogía* durante el primer bienio republicano. Puede hacerse, de este modo, un seguimiento puntual de los acontecimientos más sobresalientes del momento más importante de la Segunda República en todos los órdenes.

(23) Véanse, por ejemplo, los estudios de Ilya Ehreburg al respecto.

pedagogo institucionista por el «activismo pedagógico» como método y por la escuela como «proceso unificador» del sistema educativo. Es, pues, una adhesión con raíces filosóficas (Dilthey, Spranger), políticas (toma de conciencia generacional) e históricas (lectura del último tercio del XIX europeo).

Históricamente, Luzuriaga es un buen conocedor del movimiento de renovación educativa que desencadena la Revolución Francesa. Condorcet seguirá siendo un punto invariable de referencia. Las reformas napoleónicas condicionarán la evolución posterior de la educación europea. Francia, Alemania e Inglaterra serán siempre los países punta que marcarán el sentido de la reforma. Férry, Fichte y el peculiar reformismo inglés cambiarán cualitativamente el papel de la educación y su inserción en la estructura del Estado.

La división social que se había producido en el interior mismo de la institución escolar —como reflejo de las desigualdades sociales— le inquietaba profundamente; inquietud común, por otra parte, a todos los pensadores socialistas. Por eso, se hablaría constantemente de educación integral, enseñanza politécnica, etc. El concepto de *educación integral* que pretende asumir el movimiento de la Educación Nueva es una vieja herencia renacentista e ilustrada que se propone como objetivo el desarrollo armónico de todas las capacidades humanas y la preparación del individuo para las nuevas tareas de una sociedad en desarrollo.

Todo el «movimiento *democrático* de la educación contemporánea» (24) responde al descubrimiento del rol que desempeña la educación en los Estados modernos. Se establece una relación estrecha entre *superioridad económica* y calidad de la *enseñanza técnica*. Las correlaciones sistema político-sistema educativo y sistema educativo-sistema productivo pasan a ser asuntos que incidirán de lleno en el complejo de problemas que pretende ordenar y desarrollar el movimiento de la Educación Nueva. Ellos nos dan la pauta para entender la actividad profesional e intelectual de Lorenzo Luzuriaga durante estos años y durante los años republicanos.

La educación *pública y democrática* alemana se identifica con el movimiento de la *Escuela Unificada* en aquel país (*Einheitschule*). Este nuevo tipo de educación y esta nueva escuela son defendidos por el Partido Socialista alemán, por las Asociaciones de Maestros y los pedagogos más avanzados, con Kerchensteiner a la cabeza.

Por su parte, el movimiento democrático de la educación pública francesa, que arranca con fuerza tras la Primera Guerra Mundial, no es más que la generalización y profundización de las Leyes Férry de 1881 y pronto se convertirá en el movimiento de la *école unique* en las páginas vanguardistas de *L'école et la vie*.

La educación como *sistema nacional*, en Inglaterra, se constituyó a partir de la creación del *Board of Education* en 1898 y, sobre todo, después de la promulgación de la Ley Nacional de Educación de 1902, que atendía orgánicamente a la primaria y a la secundaria. Pero será en 1918 —también después de la Primera Guerra Mundial— cuando la Ley Fischer ponga en marcha un plan de reconstrucción de la educación nacional.

(24) Luzuriaga, L. *Historia de la educación pública*. Buenos Aires, Losada, 1964, 4.ª ed., pássim.

He aquí los tres ejemplos (Alemania, Francia e Inglaterra) en que se inspira Luzuriaga en sus esfuerzos renovadores. En su obra podemos encontrar, además, referencias a determinadas experiencias americanas, en particular de los Estados Unidos (obra de J. Dewey), aunque más adelante prestará también especial atención a hombres de la talla de Domingo Faustino Sarmiento o José Martí e igualmente a los sistemas educativos de primera enseñanza en América Latina.

En el caldo de cultivo de esos movimientos democrático-burgueses nace la Escuela Unificada y, a partir de ella, todo el movimiento internacional de la Educación Nueva, que alcanzará un espectacular desarrollo en los años 20. En el nacimiento de la Educación Nueva confluyen, pues, elementos sociológicos y políticos, metodológicos, técnicos, institucionales y científicos. El concepto de Educación Nueva o Escuela Nueva es, por tanto, el resultado de los intentos y los logros de la generalización educativa, por un lado, y por otro, de los deseos de *revitalización pedagógica* y de *renovación didáctica* emanados del experimentalismo y de la vieja herencia de Rousseau y Pestalozzi. Se trata de un fenómeno *cuantitativo* (escolarización universal y alfabetización masiva) y, al mismo tiempo, *cualitativo* (métodos activos, técnicas nuevas, consideración creciente de las variables sociológicas y psicológicas en el proceso escolar) (25).

UNA OBRA COMPLEJA

La obra de Lorenzo Luzuriaga en España entre 1913 y 1936 es un reflejo fiel, en el orden práctico, de los problemas presentados a debate en el mundo de la educación y también de la situación económica, política, social y cultural con que se enfrenta entonces el país.

Es la suya una obra compleja y prolifera. Y su complejidad no es precisamente una consecuencia de su hermetismo teórico —que no existe— ni de sus análisis en profundidad del fenómeno educativo —que tampoco prodiga—. Se trata, en todo caso, de una complejidad derivada de su acción múltiple y variada, por un lado, y por otro, de nuestro singular y cambiante proceso histórico objetivo, en el que él está plenamente inmerso y a cuyo desarrollo contribuye. A ello se sumaría el papel de enlace que desempeña Luzuriaga entre la herencia de la Institución Libre de Enseñanza y las tareas concretas de la Segunda República.

Una división temática de su obra recogería: a) la *Educación Nueva* en su formulación teórica de la *Escuela Unica*, b) la *Educación Nueva* codificada como *Escuela Activa*, con los principales elementos de una *organización escolar comparada* y utilizada como *alternativa institucional*, y c) la *Educación Nueva* concretada en el programa de la *Escuela Pública*.

Esta estructura nos permite sintetizar la obra pluridimensional de Luzuriaga en torno al concepto de *Educación Nueva*. Y nos permite también partir de la *Escue-*

(25) Véase, por ejemplo, el estudio clásico de Lourenço Filho, *Introducción al estudio de la Escuela Nueva*, Buenos Aires, Kapelusz, 1964.

la *Unica* como vía de solución a la contradicción que estaba planteada entonces en España entre escuela confesional y escuela laica. Esta vía de solución se apoyará decididamente en el segundo término de esa contradicción. La batalla fundamental de la obra de Luzuriaga en España será una batalla por el laicismo, estrechamente ligada a las más puras tradiciones del institucionalismo; laicismo que se medirá en todos los terrenos con el espíritu confesional de la Iglesia, que monopolizaba ese tipo de educación.

La *Escuela Unica* es el más importante intento de renovación del sistema educativo durante el período de tiempo que nos ocupa. Es una alternativa político-educativa en su sentido más amplio. Es una «renovación externa», como dice Luzuriaga en su obra del mismo título (26). Se trata, añadimos nosotros, de una renovación *en extensión*, de una renovación alfabetizadora y cultural, de un empeño de generalización de la educación. Luzuriaga quiere arraigar en el pueblo español y en sus dirigentes la conciencia de que la educación ya no es un *privilegio*, ni siquiera un *servicio*, sino un *derecho*.

La *Escuela Unica* caerá cada vez más en el utopismo, es cierto, y no será capaz por sí sola de dar una respuesta a la contradicción planteada universalmente desde años atrás entre escuela neutral y escuela de clase (27). Será después de la Segunda Guerra Mundial cuando la sociología de la educación (28) profundice en el tema hasta sus últimas consecuencias.

Pero es verdad que la *Escuela Unica* era entonces una alternativa renovadora, e incluso revolucionaria, y que se convertiría en un motor del cambio en una circunstancia en que las razones científicas de la división de la escuela estaban sólo a medio desvelar.

Y si en el orden externo la *Escuela Unica* era la vía de solución al monopolio educativo de un sector de la sociedad, su equivalente, en el orden *interno*, sería la *Escuela Activa*. Junto a una renovación de las estructuras educativas surgía una renovación de los métodos pedagógicos y de las técnicas didácticas. Una renovación

(26) *La escuela única*, Madrid, Publicaciones de la Revista de Pedagogía, 1931. Sobre la *Escuela Unica*, además de una buena cantidad de artículos aparecidos sobre todo en *España*, *El Sol*, *El Socialista*, etc., pueden verse los estudios clásicos citados en sus obras sobre la educación republicana por Antonio Molero, M. Pérez Galán, M. Samaniego Bonéu y Claudio Lozano. Cabe destacar, por ejemplo: Conde, C., *Por la escuela nueva*, Valencia, Cuadernos de Cultura, 1931; Ducos, H., *¿Qué es la escuela única?*, Madrid, Juan Ortiz; Jiménez de Asúa, L., *La escuela única*, Madrid, Delegación Técnica de la FME, 1931; Noguer, N., *La escuela única*, Madrid, Razón y Fe, 1931; Witte, E. y Backheuser, E., *La escuela única*, Barcelona/Buenos Aires, Labor, 1933; García Martín, *La escuela única*, Madrid, 1927; y Blanco Nájera, *La escuela única a la luz de la pedagogía y del derecho*, Madrid, 1932. Además, son muy conocidas las referencias y los artículos de personalidades relevantes de la cultura española del primer tercio de siglo sobre un tema tan polémico, particularmente durante la Segunda República y muy en especial durante el primer bienio; podríamos citar, entre otros, a Ciges Aparicio, Marcelino Domingo y Rodolfo Llopis.

(27) Véanse al respecto los artículos de Lorenzo Luzuriaga publicados semanalmente en el diario *El Sol* entre 1917 y 1921. Estas colaboraciones aparecerían publicadas, en parte, en *Ensayos de pedagogía e instrucción pública* (Madrid, Hernando, 1920, 312 pp).

(28) Vid. trabajos de la «escuela francesa» de sociología de la educación.

en extensión requería paralelamente una renovación en profundidad. La *Escuela Activa* se constituiría así en un complemento de la *Escuela Única* (29).

Si la *Escuela Única* es una alternativa político-educativa, la *Escuela Activa* será una alternativa pedagógica del movimiento internacional de la *Escuela Nueva* o *Educación Nueva*. Sus efectos se dejarán sentir de inmediato y tendrán, en muchos casos, efectos irreversibles sobre el hecho educativo (30). Incidirán en la educación como proceso y como «práctica social» y, de una manera directa, sobre los educadores, que son los prácticos y los guías de ese proceso.

La *Escuela Activa* ejemplifica la lucha del siglo xx (la «educación por la acción») frente a las ideas del xix que se pretende arrumbar (la «educación por la instrucción») (31). La *Escuela Activa* es, por tanto, un movimiento renovador de carácter estrictamente pedagógico, técnico, didáctico, interno y en profundidad. Su pecado será pretender maximizar los métodos y los instrumentos, creer que la pedagogía activa iría a transformar no sólo la escuela, sino también la sociedad desde la escuela. La *Escuela Activa* caerá también, casi siempre, en el utopismo pedagógico (32).

ORGANIZACION DE LA EDUCACION

Una educación nueva basada en la *Escuela Única* y *Activa* exigía también una nueva organización. Los elementos que apunta Luzuriaga en sus textos de «Organización escolar», y que explica en sus clases de la Universidad de Madrid, aparecen minuciosamente expuestos en sus estudios de «Organización escolar comparada» a nivel macroorganizativo y microorganizativo (organización del sistema educativo y organización de la escuela, respectivamente). Los elementos novedosos contenidos en sus «planes de enseñanza», «programas e instrucciones didácticas», etc. integran, de por sí, una renovación institucional de nuestra educación de entonces; renovación que se inspira en los sistemas educativos más avanzados. Construye, así, la infraestructura imprescindible para el cambio.

Cada uno de estos grandes apartados (escuela única, escuela activa, reorganización escolar) se enmarca siempre en análisis históricos propios, análisis que serían desarrollados posteriormente por Luzuriaga en su etapa argentina, tanto en la docencia como en forma de publicaciones (33). Y su síntesis vendrá constituida por la

(29) Vid. *Escuelas activas*, Madrid, J. Cosano, 1925; *Las escuelas nuevas*, Madrid, J. Cosano, 1923 y *La educación nueva*, Madrid, J. Cosano, 1927, obras de Lorenzo Luzuriaga publicadas, todas ellas, bajo los auspicios del Museo Pedagógico Nacional. En el Museo trabajaría Luzuriaga, a las órdenes de Cossío, durante varios años. Ejercería allí como Inspector Agregado.

(30) En *La preparación de los maestros* (Madrid, Cosano, 1918) se plantea Luzuriaga en términos prácticos la viabilidad de la reforma.

(31) Los primeros esbozos de esta renovación o cambio metodológico aparecen ya en la primera obra de Luzuriaga: *Direcciones actuales de la pedagogía en Alemania*, Madrid, Librería Nacional y Extranjera, 1913).

(32) Vid. cita 27.

(33) Véanse, por ejemplo, *Historia de la educación y de la pedagogía* (Buenos Aires, Losada, 1951) e *Historia de la educación pública* (op. cit.), editadas por Luzuriaga en su etapa argentina.

obra que desarrolla nuestro autor entre 1931 y 1936 en España. La *Revista de Pedagogía* es la plataforma que difunde ese pensamiento pedagógico nuevo; pensamiento que se materializa en la *Escuela Pública* republicana, en abierta pugna con la *Escuela privada y confesional*. El programa escolar republicano (escuela única, activa, pública y laica) es el resultado de una lucha larga y tenaz y lleva consigo un profundo sentido de renovación política y técnica de la educación como sistema y de la metodología y los instrumentos al servicio de los educadores.

La *Revista de Pedagogía* es una de las vanguardias de ese movimiento denso y vivificante que condensa la gran apuesta por el cambio social y cultural de nuestro país antes de la guerra civil; movimiento que es mucho más que un simple «sectarismo pedagógico frustrado» (34). Era el último intento de arrancar a España del subdesarrollo cultural y de ponerla a la altura de Europa. La inspiración principal sería el modelo francés de 50 años atrás (35).

El esfuerzo de Luzuriaga por construir una alternativa nueva para la educación española le llevó a abarcar gran número de problemas, no siempre tratados con la debida calma y el correspondiente rigor. Luzuriaga fue un artesano y un trabajador a destajo de la pedagogía, más que un hombre de pensamiento elaborado. Fue un práctico, más que un teórico. Acudía allí donde era necesario, allí donde había que colmar vacíos. Su reiteración continua en determinados temas sólo puede explicarse por su afán de divulgación y por su deseo de «llegar» siempre a los educadores, en cuyas manos estaba la posibilidad real del cambio.

ESCUELA UNICA, ACTIVA Y PUBLICA

Así pues, el concepto genérico de *Educación Nueva* engloba la problemática de conjunto de la *Escuela Unica*, la *Escuela Activa* y la *Escuela Pública*. Es decir, se trata de un único proceso de renovación y reforma, de una solución pedagógica global que coincide y se desarrolla a lo largo del tiempo. Se inicia en nuestro autor en 1913 y concluye en 1936, al estallar la guerra civil. Se dan en este desarrollo ciertas prioridades en función de la coyuntura histórica. Así, la cuestión de la *Escuela Unica* aparece antes, pero nace íntimamente ligada a los cambios metodológicos anunciados por Kerchensteiner en la *Arbeitsschule*, es decir, íntimamente ligada a la «pedagogía activa». Por su parte, la *Escuela Pública* es una consecuencia de la necesidad de generalización y apoyo estatal a estas experiencias y de la estrecha vinculación existente entre política y educación.

Pero sin los cambios organizativos de los que hablábamos antes, de ninguna manera hubiera sido viable este proyecto. Molero Pintado afirma incluso que «la escuela única, nacida en sus primeros momentos como una simple revisión organizativa de la estructura docente, iba a desembocar en bandera de reivindicación

(34) Véase el prólogo de María Dolores Gómez Molleda a la obra de Mercedes Samaniego Bonéu, *La política educativa de la Segunda República*, Madrid, CSIC, 1977.

(35) Vid. algunos de los artículos del repertorio de la *Revista de Pedagogía* correspondiente a 1931.

social y cultural de los partidos políticos en boga» (36). Efectivamente, la *Escuela Unica* desembocó en algo que no era solamente «bandera partidista», sino también un intento serio y muy completo de cambio estructural. «Entre el mito y la realidad de la escuela única» —como Molero titula ese capítulo de su libro— se interpusieron importantes barreras políticas y de clase.

ESCUELA UNIFICADA/ESCUELA UNICA

Después de publicar varios artículos en las revistas *La Inspección de la Primera Enseñanza* y *Boletín de la Institución Libre de enseñanza* (BILE) (37), en los que trata de introducir el tema en España, en 1918 Lorenzo Luzuriaga publica *La escuela unificada*. En esta obra intenta explicar el concepto con cierta amplitud. Trata después el «problema de la realidad escolar» y dedica un capítulo a «los alumnos», otro a «las instituciones» y otro a los estudios de «magisterio». Más adelante, analiza las «aspiraciones» y «realizaciones» de la escuela unificada en Alemania, Francia, Bélgica, España y otros países. Publicará luego fragmentos de este libro en el *BILE* y en la recién creada *Revista de Pedagogía* (38).

Es en esta obra donde Luzuriaga expone sus primeras consideraciones ordenadas sobre la acepción española más adecuada para este concepto. Ya sabía de la expresión *école unique* que empleaban los franceses. He aquí una célebre cita, a la que apelarán Molero Pintado, Samaniego Bonéu y Pérez Galán a la hora de establecer su definición:

«El término *escuela unificada* es una versión de la palabra alemana *Einheitschule*. La traducción más fiel sería la de *escuela unitaria*, pero nosotros empleamos aquel término para evitar el equívoco de estas últimas palabras con el otro sentido que tienen en nuestro país. En Francia se emplea la expresión de *école unique*. Pero a nosotros nos parece preferible la versión de *escuela unificada*, porque expresa mejor que aquélla la idea que quiere representar, a saber, la de una totalidad escolar, educativa, compuesta de varias partes unidas; mientras que el término *escuela única* parece indicar la de una unidad exclusivista. La *escuela unificada* no excluye, en efecto, la existencia de varios tipos de instituciones escolares y educativas, sino que más bien las supone, sólo que en íntima relación unas con otras. La *escuela única*, por el contrario, suscita la imagen de la Unidad imperial napoleónica, inmenso mecanismo docente, uniforme y centralizado, imagen que es lo más opuesto a todo lo que representa en flexibilidad y riqueza interna la *escuela unificada*» (39).

No deja de ser paradójico que Luzuriaga juzgue de tal manera el término *école unique*. Como buen conocedor que era de la historia de la educación francesa, sabía muy bien que, a pesar de todos los defectos de gigantismo, uniformidad y centralización, tal concepto era una consecuencia del alto grado de desarrollo del sis-

(36) Molero Pintado, A. *La reforma educativa de la Segunda República Española. Primer Bienio*. Madrid, Santillana, 1977, p. 136.

(37) Artículos publicados a lo largo de 1913 y 1914.

(38) *Revista de Pedagogía*, agosto 1922; *BILE*, octubre y diciembre 1922.

(39) *La escuela unificada*, Madrid, J. Cosano, 1922, pp. 9-10.

tema nacional de educación francés, que era lo que Luzuriaga y otros autores, en definitiva, pretendían.

Es justo, no obstante, puntualizar que en las apasionadas discusiones de las reformas educativas emprendidas por la Segunda República Española ese papel dirigente y casi absoluto del Estado en las tareas educativas casi nunca se pretendió en la práctica. Y ahí radicó una de las grandes ambigüedades de la reforma republicana de la escuela; ambigüedades que no eran más que el reflejo de las vacilaciones y dudas de sus teóricos y de la presión de los poderosos intereses eclesiásticos creados. Sólo en los últimos meses de la República estaba dispuesto Luzuriaga a admitir ese papel del Estado en relación con la educación. Exactamente, cuando la situación objetiva se había enconado y radicalizado al máximo.

En 1931 Luzuriaga publicará *La Escuela Unica*. ¿Por qué el cambio de título? Simplemente porque el predominio francés y su papel dirigente en el movimiento internacional de la *Educación Nueva* habían impuesto el término, que él, en la *Advertencia* inicial del libro, acepta, aunque un poco a regañadientes. Así, por ejemplo, alega que Maurice Weber tampoco lo considera perfecto. Y añade que la traducción española de *escuela unificada* es anterior a la traducción francesa del término alemán *Einheitschule*, correspondiéndole a él la paternidad del mismo. «En España —dice— hasta quince años que se conoce la expresión alemana» (40).

Este libro sufre algunos cambios en relación con el contenido de *La escuela unificada*. En él Luzuriaga nos da primeramente una «idea de la escuela única» y nos ofrece seguidamente las diversas «concepciones de la escuela única». En su análisis comparado nos habla de los sistemas educativos en Alemania, Inglaterra, Francia, Rusia y España. Al final, trata de esbozar «La posible *solución* española», declaración de intenciones al iniciarse la andadura republicana.

También en 1931 publicará *La nueva escuela pública*, en la que se perfilan todavía más algunos conceptos y se atiende, sobre todo, a los métodos y a los procedimientos de la *Escuela Nueva*. Tanto *La escuela única* como *La nueva escuela pública* contienen materiales publicados ya en la *Revista de Pedagogía*, o que serían reeditados más tarde.

El origen sociopolítico de la *escuela unificada* como dimensión dominante de la «nueva educación» queda bastante claro en determinados momentos de la producción de Luzuriaga al respecto.

«El término *escuela unificada* tiene una doble significación: puede expresar, de un lado, un concepto pedagógico, una nueva concepción de la vida escolar y educativa; y de otro, *puede representar un movimiento político-social, una fórmula acogida en los programas societarios y políticos en su relación con la escuelas*» (41).

La última parte de la cita anterior —que hemos subrayado— es muy elocuente. Incluso cuando dice que «puede expresar...» un concepto pedagógico, «una nueva concepción escolar y de la vida», no se está refiriendo a lo que pronto

(40) *Ibidem*, p. 10.

(41) *La escuela única*, *op. cit.*, pp. 22-23.

será la «escuela activa» propiamente dicha, sino a «la vida escolar y educativa» como problema de Estado. Y cuando habla de «concepto pedagógico», está dando a entender que se trata de un «nuevo concepto pedagógico», es decir, contempla la *escuela unificada* como un fenómeno vinculado a la educación en su calidad de aparato estatal.

En *La escuela única* (1931) será todavía más explícito:

«Hay dos conceptos básicos en la educación de nuestro tiempo: *escuela única* y *escuela activa*. La *escuela única* es un concepto pedagógico-social, un nuevo concepto de la organización escolar que debe ser entendido como «forma de organización externa». Se trata de un movimiento social promovido por los partidos políticos más avanzados y es una creación reciente de los partidos políticos populares y del magisterio primario público. La *escuela activa* es un concepto psicopedagógico que se refiere al contenido y vida interna de las instituciones educativas» (los subrayados son nuestros) (42).

En su obra póstuma, *Diccionario de Pedagogía* (43), retoma el viejo término de *escuela unificada*, abundando en las razones que lo hacen preferible al de *escuela única*. Habían quedado atrás los apremios y las tensiones de los años treinta.

«La escuela unificada) constituye un movimiento que aspira a organizar las instituciones de educación de modo que todas ellas sean accesibles a todos los que posean las condiciones mentales necesarias, independientemente de su posición económica y social. En la actualidad existe una evidente dificultad para el acceso a la enseñanza media y superior de aquéllos que no disponen de los medios económicos necesarios. Hay así una dualidad, «dos naciones» en un país, como decían Fichte y Disraeli: una que puede disfrutar de los beneficios de la cultura superior y otra que queda limitada a la enseñanza elemental. La *escuela unificada* no es, sin embargo, la *escuela única*, como la han traducido algunos, ya que no supone exclusividad de una institución pública, como en los Estados totalitarios, sino la unidad de una diversidad, respetando las características de las diversas instituciones y grados de la enseñanzas» (44). (El subrayado es nuestro.)

El programa de la *escuela unificada*, tal y como se venía planteando a lo largo de estos años, lo resume así Luzuriaga:

– Respecto a los *alumnos*: a) acceso en forma real y efectiva a todas las instituciones y los grados de la enseñanza, b) gratuidad completa de la enseñanza, c) neutralidad en materia religiosa y política, d) coeducación.

– Respecto a las *instituciones*: a) unificación de todas las instituciones educativas desde los *kindergärten* a la universidad, b) facilidad para el paso de una a otra institución, c) creación de una escuela básica, común para todos los alumnos, d) facilidad para el acceso a los niveles medio y superior de los adultos capaces que no hayan seguido una escolaridad.

(42) *Ibidem*.

(43) *Diccionario de Pedagogía*. Buenos Aires, Losada, 1960.

(44) *Ibidem*, p. 139.

– Respecto a los *maestros*: a) unificación de su preparación en las universidades y los centros de enseñanza superior, b) equiparación económica y pedagógica de unos y otros, c) facilidad al personal docente para pasar de una a otra institución.

– Respecto a la *administración*: a) unificación en el Ministerio de Educación nacional de todas las instituciones docentes, b) participación del personal docente en las tareas administrativas a todos los niveles, c) participación de los organismos profesionales en la enseñanza de sus respectivos ramos (45).

ESCUELA ACTIVA

Desde el punto de vista psicopedagógico, la *Escuela Activa* desempeña el papel renovador que en el orden *externo* despliega la *Escuela Unica*. Sin esta conjunción, el proceso de renovación emprendido entonces en España no hubiera revestido tal amplitud. Los conocimientos pedagógicos reclamaban esa mutua implicación. Hoy, los análisis al respecto son mucho más sutiles, pero algunas de las conquistas alcanzadas entonces están definitivamente encarnadas en nuestra realidad educativa. La conciencia crítica de la enseñanza actual es uno de los resultados de aquella lucha.

El carácter renovador de la *Escuela Activa* lo estudia Luzuriaga en buen número de los artículos que publica en *El Sol*, en el *BILE* y, sobre todo, en la *Revista de Pedagogía*. Los libros más importantes en los que toca aspectos relacionados con la *Escuela Activa* son: *La preparación de los maestros*, *Las escuelas nuevas*, *Escuelas de ensayo y reforma*, *Escuelas Activas* y *La educación nueva*. Dentro de su producción en el exilio, dedica importantes capítulos a la *Escuela Activa* en: *Pedagogía*, *La educación de nuestro tiempo* y *La pedagogía contemporánea*.

TRES MONOGRAFÍAS IMPORTANTES

Los elementos definatorios y prácticos de su concepción de la *Escuela Activa* son tres importantes monografías: *La pedagogía del equipo*, *El juego y el trabajo en la educación* y *La escuela y el ambiente*. En ellas Luzuriaga se nos muestra como un buen conocedor de la metodología *activista* (46).

La pedagogía del equipo es una protesta contra la graduación y clasificación seriada de los alumnos. Luzuriaga se revuelve contra los intentos de «homogeneiza-

(45) *Ibidem*, p. 140.

(46) *La pedagogía del equipo* es una ponencia que presenta Luzuriaga al IV congreso Internacional de la Educación Nueva, celebrado en Locarno del 13 al 15 de agosto de 1927, y que recoge la *Revista de Pedagogía* en su número de septiembre de ese mismo año.

El juego y el trabajo en la educación es otra ponencia leída en el V Congreso de la misma asociación, celebrado en Dinamarca, y que reproduce la *Revista de Pedagogía* en su número de septiembre de 1929. Tanto *La pedagogía...* como *El juego...* son dos monografías que Luzuriaga recogerá más tarde en *La nueva escuela pública* (1931) y en *La educación de nuestro tiempo* (1957).

La escuela y el ambiente es una monografía publicada en el número de junio de 1933 de la *Revista de Pedagogía*. También será recogida en *La educación de nuestro tiempo*.

ción intelectual» basados en los test mentales, que no recogen los restantes y ricos aspectos de la personalidad y que convierten al niño casi en un «objeto material». Una escuela así concebida es una escuela «intelectualista y pasiva». No es, de ese modo, una «comunidad vital» (47).

Cuando los nuevos métodos reclaman la actividad, no reclaman una actividad cualquiera, sino una actividad espontánea: la autoactividad. He aquí el núcleo de la pedagogía de Dewey y de Kerchensteiner. «La base de la escuela activa es el juego» (48). En la primera infancia predomina la actividad lúdica, que a partir de los diez años sufrirá transformaciones. La escuela del juego pasará a ser entonces la escuela del deporte —dice Luzuriaga—. Y el deporte es juego en equipo, conjunto, acople de personalidades diversas en una unidad superior y cualitativamente distinta.

El equipo «es uno de los rasgos característicos del trabajo actual». «El trabajo por equipos distingue a gran parte de la vida laboriosa moderna, tanto agrícola como industrial» (49). La escuela actual debe reflejar la vida social. Paulatinamente, la «escuela del juego y del deporte» se transforma en la «escuela del trabajo» («comunidad embrionaria» de Dewey).

Luzuriaga propugna, en esta monografía, la división de la clase en grupos o equipos de trabajo (procedimiento clásico de la escuela activa). Se establecerán mecanismos de eficiencia y agilidad en la labor conjunta, elementos de intercomunicación grupal, modos de prolongar este espíritu fuera del aula, etc. Luzuriaga reivindica la ruptura de la uniformidad escolar y la libertad de agrupación de los maestros para «implantar métodos y orientaciones diversos» (50).

JUEGO Y TRABAJO

En *El juego y el trabajo en la educación*, Luzuriaga parte del juego como peculiar cosmovisión del niño, el juego como poesía infantil y como fabulación al margen de las leyes lógicas (51). Considera el trabajo como «término opuesto generalmente al juego». «El trabajo no es una actividad en sí misma —dice—, sino una actividad subordinada a un fin trascendente» (52). El trabajo es una actividad sometida a leyes. Tiene «un carácter productivo» y es «independiente» del estado de ánimo del sujeto. «Sólo el trabajo autoelegido y autorrealizado... suele tener caracteres parecidos al juego y al arte» (53).

Lo que interesa determinar, respecto al fenómeno educativo, es la relación existente entre el juego y el trabajo. La escuela tendrá que basarse en el juego,

(47) *La educación de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Losada, 1957, pp. 100-101.

(48) *Ibidem*, p. 101.

(49) *Ibidem*, p. 103.

(50) *Ibidem*.

(51) *Ibidem*, p. 107.

(52) *Ibidem*, pp. 108-109.

(53) *Ibidem*, p. 109.

porque el juego es la actividad predominante de los escolares. «Pero la educación –dice Luzuriaga– es algo más que conservación de la infantilidad» (54). La escuela debe formar hombres; por tanto, «la escuela ha de ser también el lugar de trabajo para el niño». Juego y trabajo deben ir ligados desde el *Kindergarten* a la Universidad. El hombre, aunque trabaja –y el trabajo es su actividad esencial–, nunca abandona por completo el juego. La escuela debe saber borrar las diferencias que existen entre ambos, pero sin llegar a confundirlos. «La educación ha de evitar que el trabajo se convierta en juego y el juego en trabajo» (55). Son dos actividades con finalidades distintas. La vida humana «no es cosa de juego, pero tampoco se puede reducir al trabajo».

En las distintas etapas de la vida predomina una de esas actividades sobre la otra. El niño se inicia jugando, pero sus juegos cambian de contenido y de función. Del «juego espontáneo» de los primeros años se pasa al «juego organizado»; del «juego organizado», al «juego creador» y del «juego creador», al «trabajo propiamente dicho». En esas etapas el niño penetra, con «técnicas» diferentes, en el conocimiento y el dominio de la realidad. Se sitúa en el mundo.

Los educadores deben saber llevar a los niños el caudal de conocimientos atesorados por la Humanidad sin forzar traumáticamente esas etapas apuntadas ni el peculiar modo de conocimiento infantil. La escuela debe ser, al mismo tiempo, una *play school* y una *Arbeitschule*, es decir, *escuela del juego* y una *escuela del trabajo*.

El trabajo en la escuela encuentra tal vez la mayor resistencia por parte de una «concepción pseudoaristocrática y cristiana de la escuela», según la cual el trabajo es un mal –aunque un mal necesario– y el ocio un bien, el bien supremo, la *contemplación*. Y añade Luzuriaga:

«Para nosotros, por el contrario, *el trabajo es el mayor goce y la más alta distinción humana; no por su carácter utilitario, sino como síntesis o término objetivo de la actividad humana en su aspecto individual y social*». (56).

Juego y trabajo no son, pues, «términos idénticos en la educación, pero tampoco antagonicos, sino complementarios» (57).

«La fórmula definitiva para ésta (para la educación) sería que el trabajo se llegara a realizar con el mismo sentido deportivo y desinteresado que el juego y que éste tuviera el mismo espíritu creador de valores morales que el trabajo. Tal podría ser la característica esencial de la escuela del trabajo y del juego, es decir, *de la escuela activa y vital*» (58).

(54) *Ibidem*.

(55) *Ibidem*, p. 110.

(56) *Ibidem*, p. 111.

(57) *Ibidem*.

(58) *Ibidem*, p. 114.

ESCUELA Y AMBIENTE

La escuela y el ambiente es una llamada de atención contra la pedagogía «herbartiana, intelectualista e individualista», para la que la escuela no existe más allá de las paredes de sus aulas. Natorp y Dewey acabaron con esta teoría. Kriek redujo la educación a la «sociedad histórica» y al «Estado nacional». Los tres llevaron la reacción antiintelectualista demasiado lejos en este aspecto. No vieron «en el hombre más que su aspecto colectivo, general, gregario». «Ahora se trata —sigue argumentando Luzuriaga— de restablecer el equilibrio entre ambos factores con la nueva filosofía fenomenológica y existencial —Husserl, Scheler, Heidegger— y con la nueva concepción filosófica de la razón vital de Ortega y Gasset» (59).

En *El juego y el trabajo en la educación* Luzuriaga evidencia ciertas coincidencias con los postulados marxistas sobre el trabajo, en tanto que factor determinante de la vida en sociedad y como uno de los temas capitales de la antropología contemporánea. En *La escuela y el ambiente* Luzuriaga evidencia ciertas coincidencias con los postulados marxistas sobre el trabajo, en tanto que factor determinante de la vida en sociedad y como uno de los temas capitales de la antropología contemporánea. En *La escuela y el ambiente* no deja de ser sorprendente la manifestación de fe filosófica que hace Luzuriaga. Parece que hay algo de contradictorio y poco meditado en esas afirmaciones. Las puntualizaciones de Dewey o Natorp tenían otro tono en sus escritos anteriores a 1933. Parece notarse, pues, aquí una renovada influencia de Ortega en nuestro autor, particularmente a partir de las últimas lecturas orteguianas de la filosofía alemana.

En *La escuela y el ambiente* parte Luzuriaga de una conceptualización de la *circunstancia* orteguiana, uno de cuyos componentes es el ambiente; el ambiente psicológico, la «atmósfera» —dice Luzuriaga— en la que vivimos inmersos; medio físico, biológico y sociológico. Analiza el pedagogo manchego las interrelaciones del niño con su ambiente. Considera que el ambiente influye durante más tiempo sobre el niño que la escuela propiamente dicha —aunque su influencia sea más difusa—. Para contrapesar este desequilibrio, propone, en primer lugar, «prolongar longitudinalmente los años de la educación, a) aumentando la escolaridad primaria hasta los catorce, quince o dieciséis años, b) estableciendo el sistema de la escuela unificada» (60). En segundo lugar, propone «ampliar latitudinalmente el tiempo diario de escolaridad, a) conservando al niño el mayor número de horas en la escuela, con dos equipos de maestros, mediante el sistema de la escuela pública y b) estableciendo, durante las vacaciones, colonias escolares, campings, excursiones, etc.». Y, en tercer lugar, «acercando la casa y la escuela, a) mediante los clubs de padres, sociedades de amigos de la escuela, etc. y b) mediante la implantación de *maestros visitantes* que acudan a las casas de los alumnos dando consejos, informando sobre el proceder de los chicos, etc.» (61).

(59) *Ibidem*.

(60) *Ibidem*, p. 115.

(61) *Ibidem*, p. 120.

Resulta fácil ver aquí en Luzuriaga la filosofía regeneracionista que sigue confiando en la educación como palanca fundamental para el cambio. Hoy, podríamos hablar incluso de un ambicioso programa de *educación compensatoria*. En cualquier caso, y en la onda de la *circunstancia* orteguiana, resuenan, clara y distintamente, las palabras del propio Ortega, citadas por Llopis en *Hacia una escuela más humana*: «Si educación es transformación de una realidad, en el sentido de cierta idea mejor que poseemos, y la educación no ha de ser sino social, tendremos que *la pedagogía es la ciencia de transformar sociedades*» (62).

Una vez más, nos encontramos ante «España como problema pedagógico». Y también ante la educación como una «actividad social» que debe ser enriquecida por la «razón vital» —idea que apoya sin reservas Lorenzo Luzuriaga—. Por eso, termina diciendo:

«En suma, se trata de vivificar la escuela, enriqueciéndola con los elementos favorables del ambiente extraescolar, y reducir al mínimo los elementos perjudiciales de éste. La escuela no es independiente de la sociedad, ni ésta puede subsistir sin la escuela. De la unión íntima de ambos factores depende el éxito de la educación y, por tanto, de la comunidad humana» (63).

Como acabamos de ver, estos tres ensayos tan enjundiosos y creativos se inscriben, en sus enunciados sustanciales, en el contexto de la *metodología activa*. Son tres ejemplos meridianos del espíritu de la *Nueva Educación* y de su plasmación concreta en la obra de Lorenzo Luzuriaga.

ORGANIZACION ESCOLAR

La *Escuela Unica* y la *Escuela Activa* sólo podrán hacerse realidad un día en la *Escuela Pública Laica* a través de una reorganización completa del sistema educativo y de sus instituciones. Esta «renovación organizativa e institucional» posibilitará una *Escuela Pública Moderna*.

Luzuriaga consagrará buena parte de sus esfuerzos a esa reorganización; esfuerzos que se centrarán en publicaciones específicas sobre los principales sistemas de educación del mundo y sobre la organización de diversas escuelas-modelo. En ese sentido se enmarca también su trabajo cotidiano como inspector de enseñanza primaria y en los distintos cargos oficiales que ocupó. Así habría que interpretar también la labor desarrollada por él en el Museo Pedagógico Nacional. En sus escritos son constantes las referencias a la necesaria integración organizativa del sistema escolar, la crítica de las instituciones existentes y sus posibles alternativas, los llamamientos a la incorporación de nuevas técnicas para el mejor funcionamiento de la educación. Importantes son también sus aportaciones metodológicas y bibliográficas para la renovación de los instrumentos al servicio de los maestros (textos de apoyo y orientación profesional). Y especialmente rele-

(62) *Ibidem*, pp. 120-121.

(63) *Ibidem*. Son frecuentes igualmente los elementos orteguianos en los dos trabajos analizados antes: *La pedagogía del equipo* y *El juego y el trabajo en la educación*.

vante será su trabajo docente y de iniciación a la investigación como profesor de la Universidad de Madrid.

En su primera estancia en Alemania muestra ya sus inquietudes organizativas. En la revista *La Inspección de Primera Enseñanza* escribe un artículo sobre «Las escuelas de Berlín» en el que hace un pequeño estudio sobre la microestructura escolar alemana y pasa revista a los principales tipos de asistencia escolar alemana, al sistema de graduación, a los contenidos curriculares, etc.

Pero las tres obras principales en las que nuestro autor aborda la *organización escolar*, las cuestiones metodológicas y la didáctica son: *Programas escolares e instrucciones didácticas de Francia e Italia* (1928), *Programas escolares y planes de enseñanza de Alemania y Austria* (1929) y *Programas escolares de Bélgica y Suiza (Ginebra)* (1930). En ellas se pretende ahora —con el mismo carácter *informador*— «exponer las reformas escolares llevadas a cabo después de la guerra en los principales países europeos». Se contempla, en esos tres volúmenes, el «aspecto metodológico y didáctico, más que el organizativo externo de las escuelas», es decir, la microorganización. A pesar de todo, esos trabajos tienen un interés de primer orden en cuanto a la política educativa y pedagógica de esos países en un determinado momento histórico. Y son, además, hitos importantes para una historia de la Educación comparada. De todos ellos publicó Luzuriaga fragmentos diversos en el *BILE* y en la *Revista de Pedagogía*.

Por otra parte, como textos de apoyo para la organización de las tareas docentes del magisterio, publicó nuestro autor varias obras. Convendría citar, por ejemplo, *Derecho. Primer Grado* (1919), que cumple la función de los manuales escolares con un sentido nuevo: en este caso, se trata del aprendizaje de la Constitución y del entronque de la educación con el sistema político. O *Bibliotecas escolares* (1927), que tiene por objetivo orientar a los maestros en las tareas de formación cultural de los niños. Por último, citaríamos *El libro del idioma* (1926), que es un manual de lecturas literarias seleccionadas y anotadas por Lorenzo Luzuriaga.

ESCUELA PÚBLICA

La *Escuela Pública* es la síntesis histórica de un proceso *único y activo* de renovación. Si *La Escuela Unificada*, *Las Escuelas Nuevas* y *La Escuela Unica* marcan las directrices esenciales del concepto de *Escuela Unica* y las monografías sobre *el equipo, el juego y el trabajo y el ambiente y la escuela* denotan la vigencia irrenunciable de la metodología activa, hay también tres hitos capitales que articulan el concepto de *Escuela Pública* en su pensamiento pedagógico: las *Bases para un anteproyecto de ley de Instrucción Pública*, las *Ideas para una reforma constitucional de la Educación Pública y La nueva escuela pública*.

Ya en 1918, en las *Bases*, Luzuriaga proponía todo un «programa de reorganización de la Instrucción Pública en España», que se inspiraba en la «socialización de la cultura» (la instrucción como un derecho) y en la «igualdad real verdadera». Las *Bases* son un primer paso hacia la escuela unificada.

De ella convendría destacar: 1.º) Una «asistencia infantil preescolar» que deberían apoyar «patronos de las grandes explotaciones o empresas industriales, comerciales y agrícolas» que den ocupación a mujeres con hijos pequeños, sindicatos obreros y ayuntamientos. El Estado inspeccionaría esa asistencia. 2.º) Una «educación primaria» ofrecida en «escuelas públicas y gratuitas, sin dogmatismos políticos o religiosos», en las que se impartan «los fundamentos de la cultura general», en las que exista la coeducación, que sean graduadas, que no sean discriminatorias por razones económicas, sociales, políticas o religiosas y en las que los niños de los últimos grados tengan «cierta autonomía e intervención en el régimen de la escuela».

Junto a ese bloque de preescolar y primaria debería existir: 3.º) Una «educación ampliada», que implicaría la supresión de «la actual separación entre la primera y la segunda enseñanza» (idea muy arraigada en los hombres de la Institución Libre de Enseñanza y condición principal para propiciar la escuela única como proceso a largo plazo). Esa «educación ampliada» —cuya denominación toma Luzuriaga de la experiencia inglesa postbélica de ese mismo año— se prolongaría hasta los dieciocho años y, al llegar los alumnos a los catorce, se bifurcaría en dos: a) las escuelas de segunda enseñanza y b) las escuelas profesionales de perfeccionamiento (lo que significaría «ampliar el número de Institutos actuales y mejorar considerablemente las escuelas técnicas»). 4.º) A la «educación superior» se accedería «por aptitudes y no por posición económica». Habría dos clases de establecimientos: a) Escuelas Especiales Superiores y b) Universidades. Ambos serían «gratuitos y con becas abundantes», autonómicos, con tareas específicas de «extensión educativa». Estarían gestionados por «el Estado, los gremios y los sindicatos respectivos». 5.º) Deberían existir unas «instituciones complementarias de cultura» que combatesen el analfabetismo, potenciasen las escuelas de adultos, estableciesen bibliotecas populares, fomentasen las visitas a museos, etc. 6.º) Se contaría con un personal docente que constituiría un «cuerpo único», formado en las Facultades de Pedagogía, que debieran crearse en todas las Universidades, «con escuelas anejas para las prácticas del personal que aspire al magisterio y al profesorado».

Para Luzuriaga, la escuela unificada es aquí —como vemos— la escuela pública (aunque en colaboración con ciertas entidades privadas para ciertos niveles —el preescolar, por ejemplo—). Esa *escuela pública unificada* incluye ya ciertos elementos de la *escuela activa*.

Las *Bases* resumían las ideas del primer Luzuriaga en torno a los temas educativos que comentamos. En esa ponencia que presenta al Congreso del PSOE se recoge lo esencial de sus escritos anteriores. A partir de ese momento, la batalla de Luzuriaga por comprometer a fondo al Estado en la renovación educativa será permanente.

REFORMA EDUCATIVA

Las *Ideas para una reforma constitucional de la educación pública* son el segundo eslabón importante del proceso de la *Escuela Pública* en Luzuriaga. Se publica esta mo-

nografía en 1931. Alude «a la discusión de la nueva Constitución política de España». Pone como ejemplo de atención a los problemas educativos la Constitución de Weimar. Y deja claro que la elaboración de una Constitución «no corresponde a los cuerpos técnicos ni a los profesionales, sino al pueblo y a sus representantes en el Parlamento». «Es una función política —dice—, pero los políticos deben oír a los expertos». Se trata «de una materia tan esencial para la vida de España como es la educación nacional».

Enumera Luzuriaga los siguientes puntos de interés:

1.º) La educación es una función *eminente* pública que debe ser realizada por el Estado. *Urge una ley general de enseñanza*.

2.º) La educación es una función social. La familia, la comunidad local, la vida profesional y las entidades culturales deben participar en la educación pública, «pero sin intervenir en la vida interna de las instituciones educativas». Propone la creación de «consejos o comités de padres».

3.º) La educación debe desarrollar «la capacidad vital» del ser juvenil. La educación debe ser política, social, económica y religiosa, pero no dogmática ni partidista. El joven debe poder optar.

4.º) «La enseñanza privada sólo tiene razón de ser como medio de investigación y experimentación pedagógicas.» Los nuevos métodos y principios de la educación podrán realizarse también en las instituciones públicas, que deben tener autonomía para ello. Los centros privados no deberán ser escuelas de partido o confesionales.

5.º) «La educación pública ha de tener en cuenta sólo las capacidades y aptitudes del ser a educar.» Debe haber «graduación y enlace» entre todas las instituciones educativas. Deben contribuir al sostenimiento de la enseñanza «el Estado y los organismos locales, provinciales o regionales».

6.º) Tres grados: Primaria (con Preescolar y Básica, de los 4 a los 12 años), Secundaria (con Complementario de la Básica y Preparatorio para la Superior, de los 13 a los 18) y Superior (de los 18 en adelante con acceso riguroso). Todos gratuitos.

7.º) Condiciones para la creación de instituciones educativas.

8.º) Características pedagógicas y técnicas de cada uno de los grados. Introducción de la escuela activa.

9.º) Coeducación.

10.º) Instituciones *circum* y *postescolares*.

11.º) Educación de adultos. Sus clases.

12.º) *Cuerpo único* de docentes, con una preparación equivalente para todos los grados.

13.º) Gobierno «técnico y pedagógico» a cargo de los docentes. Control parlamentario.

Como podemos ver, Luzuriaga recoge aquí las ideas matrices de las *Bases*, concretadas en una realidad social nueva y con unas expectativas políticas precisas. Es el suyo un proyecto político-pedagógico práctico y no una simple declaración de

intenciones. La *Escuela Pública* que aquí se perfila es una *escuela única singular y adaptada a las circunstancias de España en 1931*. El principio del activismo pedagógico está en el fondo de las *Ideas*, pero las prioridades van ahora en el sentido de la construcción de un sólido *sistema nacional de educación estatal* y de la *generalización educativa*. A partir de 1931, Luzuriaga apunta sus dardos reivindicativos a la renovación de la educación *desde el Estado*.

La Nueva Escuela Pública y La Escuela Unica ven la luz en el mismo año, 1931. Y no es una casualidad. Sus títulos respectivos son, como decíamos, dos aspectos de un mismo proceso. 1931 es el año del nacimiento de un nuevo Estado.

En *La nueva escuela pública* Luzuriaga define con amplitud el «concepto de educación», establece los «caracteres de la nueva escuela pública», expone los principales métodos de esa escuela y sus nuevos procedimientos, hace un estudio comparativo de esa escuela con las reformas escolares de Alemania, Austria, Francia e Italia, e incluye, en el mismo volumen, las *Ideas*.

En 1931 Luzuriaga daba prioridad a la generalización educativa frente a la fundación de instituciones ejemplares. Las razones estaban en la precariedad de la infraestructura escolar española. Se necesitaban entonces millares de escuelas. Ante esta situación objetiva, considera Luzuriaga que «la reforma de la educación pública española debe seguir el camino legislativo, el de las leyes y los reglamentos» y no «el de la acción difusa del medio social».

«En el fondo, este problema no es más que un caso particular de la clásica oposición entre el racionalismo generalizador y abstracto, que, en nuestro caso, podríamos representar hoy por la instrucción pública francesa, y el empirismo historicista y localista, cuya más alta expresión se encuentra en la actual educación inglesa». (64)

Luzuriaga se muestra escéptico ante la posibilidad de generalización de determinadas experiencias de «renovación interna». Cree que son casos aislados y que únicamente podrían ser tomados como norma en el supuesto de que estuvieran suficientemente contrastados. Esa generalización posterior vendría dada por vía legal. Tal vez podría ser ése el modo de solucionar la contradicción antes apuntada. De todas formas, en la España subdesarrollada de entonces tal eventualidad era muy poco probable (no obstante el ejemplo deslumbrante de la ILE). Se verifican así las convicciones tan firmemente apuntadas en las *Ideas*.

A pesar de todo, desde un punto de vista teórico y general —y sin pensar ahora en la realidad concreta de la España republicana—, Luzuriaga asume ciertas posiciones de principios:

«Una síntesis del procedimiento generalizador y del empirista podremos encontrarla en lo que nosotros llamamos las *escuelas nuevas públicas* (...): centros de ensayo y reforma en los que se experimentan los objetivos y métodos que después se han de generalizar, por legislación o contaminación, a las demás escuelas del país» (65).

(64) *Ibidem*, p. 121.

(65) *La nueva escuela pública*. Madrid, Publicaciones de la Revista de Pedagogía, 1931, «Introducción».

Y a renglón seguido se pregunta: «¿qué es una escuela nueva pública?». Para responder divide la pregunta en dos: escuela pública y escuela nueva. Hace un análisis histórico sucinto de la escuela pública y su evolución, hasta llegar a su significado actual de «escuela nacional y democrática». En el *Diccionario de Pedagogía* hace esta caracterización de la Escuela Nueva, al desarrollar el término «Escuela nueva pública»:

«Para la determinación del carácter de las escuelas nuevas se fundó por A. Ferrière un *Bureau International des Ecoles Nouvelles*, el cual señaló las condiciones que debían reunir aquéllas para merecer tal calificación. Con este objeto señaló treinta rasgos característicos de la educación que deberían dar. *Nosotros aplicamos esos principios, adaptándolos a las escuelas públicas, que denominamos escuelas nuevas públicas, es decir, a las escuelas públicas que debían gozar de autonomía para realizar las ideas de la educación nuevas* (66).

Lo que subrayamos en el texto encierra la idea esencial de Luzuriaga sobre la «nueva escuela pública» que estamos analizando. Entre esos «treinta rasgos» de la educación impartida en las «escuelas nuevas» podríamos citar: experimentalidad, régimen de semiinternado, coeducación, combinación estudio/trabajo, fomento de la cultura general, espíritu lúdico y deportivo, activismo didáctico, espíritu cívico y humanista, etc.

Esta obra de Luzuriaga (*La nueva escuela pública*) reúne sus escritos más importantes sobre el tema y fija sus posiciones ante las tareas que debe emprender la Segunda República.

UNA RUPTURA VIOLENTA: LA GUERRA CIVIL

Luzuriaga es uno de los intelectuales republicanos que abandona España en la primera oleada hacia el exilio. El frente de Madrid, el pánico y la virulenta lucha de clases del verano del 36 convierten la capital en una ciudad tensa y difícil. El desconcierto es grande. Son abundantes las informaciones contradictorias sobre el curso de la guerra y los rumores de todo tipo...

Para Luzuriaga se inicia un camino nuevo y difícil. Los graves sucesos españoles de 1936-1939 se reproducen en buena parte del mundo poco después (Segunda Guerra Mundial). Cambia el panorama internacional en su conjunto y de una manera muy profunda a partir de 1945.

Más allá de nuestras fronteras, la biografía de Lorenzo Luzuriaga pasa a ser una más entre las miles de la *España peregrina*. La guerra civil trunca abruptamente su obra en España. El desarrollo de su labor en esos años de guerra y posguerra y de exilio es ya otra tarea. Se trata de la labor de un hombre expatriado que se introduce en organismos de difusión distintos y que trabaja y escribe para un público también distinto. Sus objetivos pronto serán otros. La Segunda Guerra Mundial cambia las coordenadas en las que se mueve el mundo de la educación. A partir

(66) *Diccionario de Pedagogía, op. cit.*, p. 138.

de entonces, entramos de lleno en los problemas del mundo de hoy. La guerra y las revoluciones modificarán sustancialmente la correlación de fuerzas. A Luzuriaga le queda únicamente la herencia de los principios, de la conducta y de los métodos de una renovación perdida...

¿Cómo reacciona ideológica y políticamente ante los acontecimientos? ¿Hay una línea de continuidad entre el viejo institucionista y socialista derrotado y el nuevo hombre emigrado e inmerso en el proceso de la guerra fría? ¿O se produce en él una fractura, una quiebra, como consecuencia de las últimas conmociones sociales, políticas y militares? ¿Le marca de alguna manera el desenlace violento y traumático del proceso republicano?

Sin duda, existen varias respuestas para cada una de estas preguntas. Si en su etapa española Luzuriaga reaccionaba muchas veces como un intelectual con una clara tendencia pragmática —casi siempre en función de hechos capitales—, ahora, los nuevos y brutales sucesos repercutirán también en su labor creativa, pero por razones más graves. Intentará teorizar tal vez más de la cuenta (una de las consecuencias de su desarraigo), pero conservará su espíritu emprendedor y entusiasta, aunque algo alterado por la realidad inestable y en el mundo tenso y cambiante en que vive.

La guerra fría y el *secretismo* de los círculos de exiliados le afectan bastante. Incluso se habla en esta época de sus contactos con organizaciones masónicas. Jiménez de Asúa y Domingo Barnés, por ejemplo, fueron hombres del 14 a los que de alguna manera se les relacionó con cierto tipo de masonería. No obstante, debemos aclarar que estos hechos no han sido comprobados y se deben a ciertos testimonios de personalidades españolas en el exilio.

De cualquier manera, nos parece entrever, en una primera lectura de su obra en América, ciertas vacilaciones políticas e ideológicas e incluso algunos juicios temerarios que en el calor de las realizaciones cotidianas en su tierra tal vez no hubieran tenido lugar.

Efectivamente, su obra en España quedaba atrás... Su aprendizaje institucionista y el trabajo intenso y profundo con Giner y Cossío, dos modelos permanentes e invariables hasta el final de su vida. La filosofía de Ortega y su huella indeleble en sus concepciones teóricas. La labor temprana de asesoramiento y orientación en la Inspección de Enseñanza Primaria y como inspector-agregado al Museo Pedagógico Nacional. Su trabajo técnico en el Ministerio de Instrucción Pública. La dedicación docente en la sección de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Su militancia socialista y la participación directa que había tenido a la hora de perfilar la política educativa del Partido. En fin, la constancia escrita de su espíritu práctico y renovador en las páginas del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (BILE), en el semanario *España*, en el diario *El Sol* y, sobre todo, en su *Revista de Pedagogía*.

HACIA EL EXILIO (67)

En 1936 Luzuriaga se encamina hacia el exilio. Viaja a Londres. Allí llegará también uno de los grandes organizadores de la ILE, José Castillejo. Es parejo su destino. Ambos tienen incluso un cierto parecido no sólo intelectual, sino también físico: rostro afilado —un poco más grueso D. Lorenzo—, bigote al corte, los dos muy nerviosos —hombres prácticos y de acción—, capacidad organizativa y emprendedora... Y los dos de origen manchego. Luzuriaga, de Valdepeñas; Castillejo, de Ciudad Real. Ambos, con ese carácter cordial, pero al mismo tiempo adusto y re-funfuñón. Luzuriaga nunca perdería un cierto deje de autoritarismo (68). Castillejo tendrá ese aire deportivo típico de algunos hombres de la Institución.

Hay también entre ellos elementos comunes en su destino final. Castillejo permanecerá en Londres definitivamente, mientras que Luzuriaga, habiendo partido hacia Gran Bretaña, pronto se trasladará a Glasgow. Los dos habían tenido que salir precipitadamente de Madrid. De José Castillejo tenemos este testimonio que nos ofrece Ramón Carande:

«La última vez que le vi (y no puedo asegurar que él me viera) fue en una oficina de la planta baja de la Dirección General de Seguridad, calle de Víctor Hugo, a fines de julio de 1936; detenidos ambos, él por una denuncia y yo por otra. Sospecho que a los pocos días saldría de España para siempre y sabemos todos que no dejó de pensar en España durante su destierro. Murió en Londres el 30 de mayo de 1945» (69).

En Londres Castillejo publicará muy pronto su *War of ideas in Spain*, que marca uno de los sentidos de la lucha que acaba de desencadenarse. Luzuriaga mantendrá algún contacto con Castillejo en el exilio, pero sus destinos respectivos se separarán pronto (70).

Luzuriaga se va a Glasgow con su familia. Ejercerá allí como profesor de español en la universidad. Permanecerá en Escocia hasta 1939. Allí defenderá en todo momento la causa republicana. Expondrá sus razones sobre la guerra, criticando muy severamente la política británica de no intervención. En una nota enviada al director del *Times* dice, por ejemplo:

«Inglaterra ha desempeñado más de una vez el papel de mediadora en las guerras civiles de España. La paz en la Península es de gran interés para ella no sólo

(67) Véase Vilar, P., *Sobre 1936 y otros escritos*, Madrid, VOSA, 1987, y del mismo autor *La guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 1986, pássim. Véase también, para la etapa española de Lorenzo Luzuriaga, mi libro *Lorenzo Luzuriaga y la escuela pública en España (1889-1936)*, Diputación de Ciudad Real, 1984. Más información sobre esta etapa del pedagogo institucionista puede verse en mi tesis doctoral *Aportaciones de Lorenzo Luzuriaga a la renovación educativa en España (1889-1936)*, de próxima publicación en Ediciones de Castro (La Coruña).

(68) Testimonio de su hija Isabel Luzuriaga. Isabel ejerce en Madrid como psicoanalista desde 1977.

(69) Artículo en *El País*, 29-X-77.

(70) En una carta del 19 de noviembre de 1943 desde Tucumán Lorenzo Luzuriaga le dice a su gran amigo: «Hace mucho tiempo que no sé de Vd. directamente, aunque sí de modo indirecto, por medio de la radio (alude Luzuriaga a las famosas charlas de Castillejo de la BBC), en la que le oigo con frecuencia y con mucho gusto. No puede figurarse qué emocionante es oír la voz de un amigo a esta enorme distancia.»

por los intereses económicos que allí tiene, sino también por la importancia política de su situación en el mediterráneo.

A estas razones hay que añadir las puramente humanitarias. Una campaña de invierno se acerca, con penalidades inauditas no sólo para los combatientes, sino también para la población civil, más castigada cada día. En ella hay millones de hombres, mujeres y niños que están al margen de la guerra, sin poder elevar su voz contra ella —como dice vuestro corresponsal—, y que verían con suma gratitud ese generoso gesto de la Gran Bretaña. Que ésta desempeñe una vez su papel de mediador, y su prestigio aumentará aún más, no sólo en Europa, sino en todo el mundo civilizado» (71).

En Glasgow Luzuriaga será obsequiosamente atendido (72). A pesar de todo, su mirada está puesta en América. Conoce ya aquellas tierras por viajes anteriores. Fruto de esas visitas había sido su libro *La enseñanza primaria en las repúblicas hispanoamericanas*, editado por J. Cosano, en Madrid, en 1921.

Llegaría a Tucumán, vía Buenos Aires, en marzo de 1939. Atrás quedaban casi tres años de dramatismo, tensión y durísimas pruebas. La correspondencia que mantuvo desde Glasgow con J. Establier, director del *Collège d'Espagne* en París, es una muestra muy significativa de las preocupaciones personales y familiares de Lorenzo Luzuriaga durante aquellos años. J. Establier es una buena fuente de información para conocer igualmente el estado de ánimo de los intelectuales españoles exiliados en París, así como sus vicisitudes. En una carta del 26 de noviembre de 1936 dice, por ejemplo:

«Por aquí pocas cosas nuevas. Nuestros amigos siguen en sus trece y cada cual mantiene sus posiciones. Zubiri y Viñas, los más «blancos», creen en un triunfo rápido de Franco. D. Blas, aunque cree en el triunfo de los militares, no lo cree tan rápido. Ortega cree en el triunfo rápido y en que en el lado blanco hay muchas cosas que están mal pero que pueden arreglarse. Todos están de acuerdo en que Franco ganará.

Según dice D. José, los falangistas tienen un espíritu nuevo, comprensivo y hasta anticlerical!... A mí todas las apreciaciones me parecen muy subjetivas.»

En Tucumán Luzuriaga será también muy bien recibido. En nota de prensa del 21 de marzo de 1939 se dice:

«Procedente de Buenos Aires, arribó ayer a mediodía a nuestra ciudad el profesor Lorenzo Luzuriaga, quien viene contratado por la Universidad Nacional de Tucumán para hacerse cargo de la cátedra de Pedagogía del Departamento de Filosofía y Letras. El profesor Luzuriaga, que viene directamente de la Universidad de Glasgow, Inglaterra, fue profesor de pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid y director-fundador de la *Revista de Pedagogía*, que se publicó desde 1922 a 1936, considerada como una de las publicaciones periódicas más importantes en nuestra lengua» (73).

(71) Nota autógrafa de Lorenzo Luzuriaga consultada en su archivo personal, custodiado por su hija Isabel

(72) Poco después de su llegada a Tucumán, en una carta del 6 de abril de 1939, escribe a Sir Daniel Stevenson: «A pesar de la distancia, no dejamos de acordarnos de Glasgow, de su Universidad y de Vd. especialmente, que tantas atenciones ha tenido para con nosotros.»

(73) Recorte de prensa de su archivo personal.

En Tucumán reaparecerá fugazmente la *Revista de Pedagogía*. En una nota del diario *La Prensa* (20-VIII-39) se informa así del acontecimiento:

«Desde la ciudad de Tucumán, en donde el profesor Lorenzo Luzuriaga tiene a su cargo la cátedra de pedagogía, acaba de reiniciarse la publicación de la *Revista de Pedagogía*, que fundada en 1922, constituyó hasta el momento de la guerra civil española un alto exponente de la inquietud educativa en nuestro idioma. Dos números han aparecido, correspondientes a los meses de junio y julio.»

La misma nota se extiende después en diversas consideraciones sobre el contenido de esos números, en los que aparecerían colaboraciones de Carleton Washburne, Francisco Romero, María de Maeztu y María Montessori. La revista vería nuevamente interrumpida su publicación por dificultades económicas. En España aparecieron también varios números, convirtiéndose en órgano de difusión de FETE-UGT en Barcelona.

EN EL EXILIO

En 1941 Luzuriaga es nombrado vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras. En 1942 publica varios libros con materiales ya editados y algunas cosas nuevas: *La pedagogía contemporánea*, *La educación nueva* y *La enseñanza primaria y secundaria argentina comparada con la de otros países*, obras editadas por la Universidad Nacional de Tucumán. Se percibe en ellas una cierta recuperación nostálgica de sus estudios sobre algunas experiencias escolares de vanguardia y sobre los sistemas europeos de enseñanza de años atrás.

En *La pedagogía contemporánea* resume sus notas sobre las pedagogías europeas en las vertientes etiquetadas por él mismo: la pedagogía individualista, la psicológica, la activa, la social, la política y la filosófica, con noticias biográficas de los que él considera principales representantes de todas ellas. Hay en esas notas algunos elementos nuevos que demuestran que Luzuriaga no había interrumpido sus lecturas y que se mantenía informado de la situación educativa internacional.

En 1944 Luzuriaga está ya instalado en Buenos Aires. Vive de su trabajo en la editorial Losada, al haber renunciado a su cátedra y a su cargo en la época de Perón. Allí dirige la *Biblioteca Pedagógica* y traduce *Democracia y educación*, de J. Dewey. Losada reedita buen número de sus obras. Interviene activamente a favor de la causa de los aliados en el *British Council* de la capital argentina. Colabora en las páginas dominicales de *La Nación*.

En Buenos Aires se relaciona muy estrechamente con un amplio círculo de exiliados e intelectuales; entre ellos, Amado Alonso, Rafael Alberti, Francisco Ayala, Guillermo de Torre, Sánchez Albornoz, Jiménez de Asúa, etc. En 1947 formará parte del consejo de redacción de la revista *Realidad*, que lleva a cabo una política de promoción de nuevos valores. Julio Coftázar dará allí sus primeros pasos literarios.

«En Buenos Aires mi padre, juntamente con Francisco Ayala, dirigió la revista *Realidad*. Revista de ideas, donde escribió lo más granado de la intelectualidad libe-

ral argentina: Francisco Romero, Eduardo Mallea, Julio Cortázar —entonces un jovencito que prometía—, José Luis Romero, etc.» (74).

Entre 1939 y 1945, años de la Segunda Guerra Mundial, transcurre un tiempo que cae como un mazazo en la conciencia de muchos exiliados. No consiguen recuperarse del impacto que les produce aún la tragedia de nuestro país. Son nueve años muy calientes, de guerra ininterrumpida. Da la impresión de que están tratando de borrar de su memoria el drama vivido para poder, al fin, emprender tareas nuevas.

LORENZO LUZURIAGA/AMERICO CASTRO

La correspondencia entre L. Luzuriaga y A. Castro durante estos años resulta enormemente esclarecedora. Los dos son muy amigos. En sus cartas, la comunicación es íntima y tocan todos los problemas, desde los personales y familiares hasta los políticos e ideológicos, pasando por los profesionales. A veces, sus cartas son más que una comunicación informal y aparecen como pequeños bocetos de las obras que tenían en marcha.

En carta del 3 de agosto de 1945, remitida a Luzuriaga desde Colorado, A. Castro, en un tono muy melancólico por la oportunidad histórica perdida y ya en los inicios de una recuperación anímica, dice:

«No hay esperanza de ir por ahora a ver a los hijos y a la nieta, y las noticias de allá no son animadoras. Ya empiezan a marcharse los de mi generación; la muerte de Castillejo me apena mucho. Lo vi por última vez en Wisconsin, cuando se marchaba después de terminar su contrato en Minnesota. Lo acompañé hasta Chicago y charlamos en buena armonía. Era ya más lo que nos acercaba que lo que nos dividía. Todo aquello que hicimos con trabajo y amor se lo llevó el demonio y languidece como el otro esfuerzo del siglo XVIII. (...) He visto ayer que también ha muerto Blas Cabrera en Méjico; otro hombre bien desventurado, y que era una buena persona. (...) Me alegro mucho de que toda tu gente vaya para arriba y que te defiendas bien con tu trabajo. El volumen sobre historia de la educación es muy bueno y lo he leído de verdad antes de venir. Me gustó mucho el artículo sobre D. Francisco.»

El 10 de febrero de 1946 Lorenzo Luzuriaga, en carta remitida desde el Hotel Miramar, en Punta del Este (Uruguay), le dice:

«Querido Américo: Te escribo desde esta tierra libre y mar bella en plena época de vacaciones. He tenido que esperar a éstas para poder escribirte con mayor libertad de lo que se puede hacer en Argentina, donde el peronismo sigue haciendo de las suyas. (...) El peronismo es el último refugio del nazismo y lo apoyan todos los elementos reaccionarios del país, y aun de fuera. Frente a él están todos los elementos democráticos, desde los católicos liberales, muy pocos, hasta los comunistas. Pero tienen en frente a los militares, al clero, a la policía y a los restos germánicos capitalistas.»

(74) Carta que nos enviaba su hijo, Jorge Luzuriaga, desde Buenos Aires, el 29 de octubre de 1978.

Más adelante, refiriéndose a España y con una no disimulada nostalgia, afirma:

«En cuanto a España, las últimas noticias no pueden ser mas optimistas. La declaración de la ONU contra Franco es otro golpe en el flanco, y aunque no sea el definitivo, agrava más su situación. Soy optimista y espero que antes de fin de año podamos regresar a España, aunque sólo sea en viaje de exploración, dejando aquí a la gente. Lástima que los republicanos nuestros no estén a la altura de las circunstancias. Tienen siempre un aire de provincianos, a pesar de contar con gente de valía, como Prieto, Negrín, F. Ríos, etc.»

Después, pensando en Europa y en los amigos comunes, añade:

«Volviendo a nosotros. Estamos aquí pasándolo muy bien; el sitio es ideal, parecido al rincón vasco-francés, con gente europea, paisajes estupendos y, sobre todo, con un clima de libertad personal y política magnífico. Supongo que tú conoces esto. Está aquí Amado Alonso, que, como sabes, va en septiembre a Harvard como Visiting Professor y que es probable que se quede allí. Es de lo mas valioso que tenemos. Hay también otros amigos, los Casona, F. Jiménez Asúa, etc., con quienes suelo reunirme de vez en cuando. (...) Yo sigo trabajando en Losada con traducciones, reimpressiones y algún trabajo original, especialmente una historia de la educación pública que puede ser algo «novedoso».»

Por último, y refiriéndose a una posible alternativa política para España, dice:

«Sigo sin saber nada de Alberto Jiménez; dime lo que sepas de él. ¿No estará metido con Alba en manejos de restauración monárquica? Es extraño su silencio. Lo de la monarquía no tiene salida. Podría ser un instrumento para romper el cemento armado del franquismo, pero ya es tarde. Y, sobre todo, no arreglaría nada esencial: clericalismo, militarismo, terratenientes, etc. Lo malo es que no se ve una inmediata solución si no es con los militares. Y esto sería más una disolución que una solución.»

Ya en 1948, el 31 de agosto, A. Castro escribe nuevamente a Luzuriaga. El reconocimiento internacional de las teorías de A. Castro era ya considerable. Y le interesa comentar con el pedagogo institucionista la repercusión que ha tenido su libro sobre Cervantes:

«Parece que mi libro ha caído bien. La reseña de De Torre, excelente de cordialidad. Ya le escribí que se lo agradezco mucho. La nueva postura sobre España me interesa ya como si no fuera asunto mío. En verdad, es fruto de una larga y ahogante desesperación, no de sabidurías, como decía Cachín. Sería bueno que ahora se cotejaran los lugares comunes al uso en el método de vitalizar la historia. Bien están los documentos, pero hay que ponerlos en contacto con la realidad auténtica de lo humano. Por cierto, que S. Albornoz no ha dicho ni mu. ¿Le cayó pesado el volumen? Desde luego tendrá que colocarse en una postura nueva, o dar de patadas a todo ello. Comprendo que le cueste trabajo escribirme, siendo tan positivista y documentario.»

ESPAÑA/EUROPA

Sólo en 1946, cuando publique su *Historia de la Educación Pública* (a la que se refiere en una de sus cartas a A. Castro), se atreverá a una primera mirada retros-

pectiva y escrita sobre España, sobre la obra republicana. Parece estar ya en posesión de un cierto distanciamiento crítico:

«Al proclamarse, en 1931, la República en España, la mayor parte de los partidos políticos incluyeron la democratización de la educación en sus programas. (...) Ello significó una democratización de la educación pública en forma no realizada hasta entonces, aunque acaso no siguiera las normas establecidas en otras partes, por ser sus problemas de otra índole y de carácter más urgente.

Infelizmente, todos los progresos realizados en la educación democrática en los primeros decenios del siglo han sido suprimidos por el gobierno actual» (75).

Ese mismo año, y remitida desde París el 11 de febrero con el membrete de *L'école nouvelle française*, recibe Luzuriaga una carta autógrafa, pulcra y emotiva, de Roger Cousinet, en la que éste se felicita y regocija de reencontrarle, aunque sea tan lejos y después de tantos años. Cousinet sabe de Luzuriaga a través de una noticia sobre este último aparecida en el *Educational Supplement* del *Times*. Y recuerda que no se habían vuelto a ver desde el Congreso de la *Escuela Nueva* celebrado en Copenhague. Se lamenta en esa carta de las dramáticas circunstancias en que ambos han vivido durante esos años. Poco tiempo después, Luzuriaga responderá a Cousinet mostrando también su alegría por el reencuentro y agradeciéndole además sus elogios a una de sus últimas publicaciones.

Dos años más tarde, en carta a Alberto Jiménez (25-V-48), Luzuriaga da nuevas noticias de su actividad:

«He creado un Instituto de Estudios Pedagógicos con algunos amigos, y tampoco puedo quejarme del éxito. Es como una especie de Universidad o colegio Libre, para maestros y profesores, con clases de filosofía, psicología, pedagogía, etc. Escribo en *La Nación* de vez en cuando, y con todo ello y con los libros nos vamos defendiendo.»

Hay también una carta a Natalia Cossío, de la misma fecha, en la que, entre otras cosas, se lamenta de que Losada no pueda editar *El Greco*. Y dice:

«Puede Vd. figurarse la contrariedad que esto me ha producido, dado el cariño que tengo por todo lo de su padre.»

En 1949 Luzuriaga viaja a París, donde se encuentra con viejos amigos y donde conoce las últimas novedades sobre la reforma educativa francesa de la posguerra. Ya de regreso en Buenos Aires, escribe a Jean Sarrailh y le cuenta sus impresiones sobre el Plan Langevin-Wallon, Las Clases Libres, etc. (76).

LOS CINCUENTA

La década de los años 50 marca una nueva etapa en el exilio de Lorenzo Luzuriaga. Su última etapa. En 1950 publica su *Pedagogía*; en 1951, *Historia de la educa-*

(75) *Historia de la educación pública, op. cit.*, p. 147.

(76) Carta a Jean Sarrailh del 12 de diciembre de 1949.

ción y de la pedagogía; en 1954, *Pedagogía social y política*; en 1955, *Ideas pedagógicas del siglo XX*; en 1956, *Antología pedagógica*; en 1957, *La educación de nuestro tiempo*; y en 1958, *La ILE y la educación en España*. En 1960, y con carácter póstumo, aparecerá su *Diccionario de Pedagogía*.

En 1955 y 1956 dictó cursos en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Caracas (77). En 1956 sería nombrado profesor titular de «Historia de la Educación» en la Universidad de Buenos Aires.

En sus últimas obras Luzuriaga vuelve a sus raíces de una manera recurrente. *La educación de nuestro tiempo* está dedicada a un amigo entrañable: E. Spranger, que cumplía entonces 75 años. En la carta de Jorge Luzuriaga, ya citada, éste nos dice:

«Los métodos de la escuela activa fueron el gran aporte a la pedagogía de los educadores de entre las dos guerras: Dewey, Kilpatrick, Spranger, Washburne, Montessori, Claparède, Decroly, Cousinet, etc. Creo que a todos los nombrados los conocí mi padre personalmente en los Congresos de la Liga de la Nueva Educación (Spranger y Cousinet fueron muy amigos suyos).»

Francisco Laporta, en su estudio preliminar de la *Antología de Giner de los Ríos*, considera que la Ley Villar de 1970 calca artículos enteros del *Ideario* educativo de la ILE. Es como una resurrección «democrática» en la época del franquismo tecnocrático. Se intenta salir del mundo de las tinieblas y se pretende recuperar un pensamiento vivo. Eso mismo hará Luzuriaga en Argentina, pero en abstracto, es decir, lejos de la realidad capaz de vivificar esas teorías. Y eso mismo harán, poco a poco, en España los ex-alumnos de la ILE. Reaparecerá así un interés redoblado por aquella obra interrumpida. La ILE y la Segunda República siguen siendo, a todos los efectos, dos puntos de referencia capitales para nuestra historia educativa última.

LA EDUCACIÓN DE NUESTRO TIEMPO

La educación de nuestro tiempo es una obra en la que Luzuriaga lleva a cabo una exposición de los cambios producidos en la educación después de la Segunda Guerra Mundial. *La educación para una sociedad en cambio acelerado* es el título significativo de uno de sus capítulos. Luzuriaga analiza en él los problemas político-educativos que plantea el progreso científico-técnico.

En otro de sus capítulos (*Las fuentes de la educación contemporánea*) cita a Marx y Lenin a propósito de la conexión educación/trabajo productivo. Y en *Hacia un nuevo humanismo* plantea el problema del humanismo como cuestión filosófica esencial de la pedagogía contemporánea, que enmarca en el contexto de las relaciones cultura/educación. Sus ideas están aquí muy influidas por Karl Jaspers.

(77) En Caracas leerá Luzuriaga su célebre conferencia *Las fundaciones de Ortega*. Disponemos del texto mecanografiado, con correcciones autógrafas del autor. El texto de esta conferencia aparecerá en el libro colectivo *Homenaje a Ortega*, Universidad Central de Venezuela, 1958.

En *Estructura de la educación de nuestro tiempo* se confiesa incapaz de encontrar la nueva definición que exige el fenómeno educativo y sus multiplicadas resonancias, «dada la complejidad y diversidad —dice— del mundo actual, con sus oposiciones ideológicas y culturales, con sus diferencias nacionales y raciales y con sus antagonismos sociales y políticos». No obstante, enuncia unos rasgos generales de lo que él llama «educación occidental» y de la que dice que «tiende a ser democrática, liberal y progresiva».

El sufrimiento y la desazón de carácter ideológico y político de Luzuriaga se condensan especialmente en uno de los capítulos de esta su pequeña obra cuasitestamentaria. Se titula *Totalitarismo y liberalismo en la educación*. En ella dice, por ejemplo:

«El simple hecho de que el cuerpo humano tenga dos brazos o manos colocados respectivamente a uno u otro lado de su eje, han surgido en el cuerpo político las denominaciones de derecha e izquierda aplicadas hoy a diversos partidos políticos antagonicos que antes se llamaban liberales y conservadores, revolucionarios y reaccionarios, federales y unitarios, individualistas y colectivistas, siempre en lucha unos con otros. En la actualidad, ese antagonismo se lleva a diversos partidos políticos, sin que sepamos exactamente cuáles corresponden a la derecha y cuáles a la izquierda, así como tampoco si hay algunos que pertenecen al centro del cuerpo social» (78).

Por lo que se ve, Luzuriaga no había leído a fondo lo nuevo de la sociedad contemporánea, y no digamos ya de la teoría de la lucha de clases. Más adelante, después de mezclar eclécticamente interpretaciones diversas de la historia europea desde el período 1914-18, sin conseguir entender lo fundamental de la política de alianzas durante la Primera y la Segunda Guerras Mundiales, y sus causas y razones últimas, dice con respecto a las relaciones Este/Oeste:

«Claro que las cosas no son tan sencillas como aquí dice. Pues, aun quedando en pie las líneas generales de la lucha, se entremezclan en ella aspiraciones y tendencias de muy diverso y oscuro género. (...) Se suelen colocar las cosas según el respectivo punto de vista del observador, de modo que a un lado están los personajes «buenos» y al otro los «villanos». (...) Y el hombre medio común, que no está «comprometido», se encuentra perplejo ante tan divergentes valoraciones. Y llega a sospechar que las cosas no son tan simples como aparecen en la política, y aunque tome partido por uno u otro lado, no deja de ver que en ambos campos hay cosas buenas y malas, luces y sombras, y que es preciso llevar a ellas la máxima claridad posible» (79).

Su desconcierto, como puede apreciarse, no puede ser mayor. Cree que la «confusión» ha llegado también al mundo de la educación. Y considera oportuno hablar ahora —un poco más adelante, en su texto— de educación *occidental o liberal* y de educación *oriental o totalitaria*, desechando la que él llama «equivoca denominación de educación *democrática*» (que todo el mundo se atribuye —dice—).

(78) *La educación de nuestro tiempo*, op. cit., p. 59.

(79) *Ibidem*, p. 60.

El gran luchador por la educación democrática se desdice. Mantiene todavía leves esperanzas, pero sucumbe a la dureza de la guerra fría y del exilio. Su batalla se reduce ahora a los problemas que se siguen dando en los Estados «llamados democráticos». Y sobre ese tema afirma:

«Así, bajo el pretexto de que la educación pública debe ser religiosa, se quieren imponer en ella los dogmas de iglesias determinadas. (...) Se pretende volver a la situación anterior al siglo XVIII, en que las iglesias monopolizaban la enseñanza en todos sus grados y manifestaciones» (80).

Reaparece aquí, como acabamos de ver, el viejo defensor del laicismo. Después elucubra sobre el papel del Estado y el del individuo, sobre el protagonista creciente de las masas que debe ser *canalizado* (obsérvese la influencia de Ortega), sobre los problemas de la educación de adultos y, por último, sobre las crecientes necesidades de la escolaridad primaria. Invoca a la UNESCO como posible organización capaz de aportar soluciones constructivas. Y termina diciendo:

«Cualquiera que sea el destino del mundo en los próximos años es indiscutible que la situación actual antagónica en la educación, como en la vida política, no puede subsistir. Por el contrario, habrán de buscarse soluciones conciliadoras, integradoras, que reconozcan al hombre en su totalidad y su individualidad, dentro del cuadro amplio y elástico de la vida social y política» (81).

Termina, pues, nuestro autor, derrumbado, pero esperanzado. Vencido, pero confiando en la cordura última del género humano. He aquí un ejemplo más de las consecuencias de una derrota histórica en uno de aquellos jóvenes intelectuales, apasionados y combativos, de la generación del 14.

VIAJE A ESPAÑA

El último documento de su expediente personal en el Archivo Central de la Administración (Ministerio de Educación) de Alcalá de Henares hace referencia a la petición del título de profesor, expedido por la vieja Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, «por haber extraviado —dice— el original». Este documento lleva fecha de 1 de marzo de 1956 (82).

Viaja a España en 1957, libre ya de responsabilidades políticas. Permanecerá aquí sólo unos meses. Es un reencuentro frustrante y doloroso. Algún tiempo después, en una carta a Bernardo Giner de los Ríos, de 29 de septiembre de 1958, se dejan oír todavía los ecos de aquel viaje. Alude así a la publicación de su libro sobre la ILE:

«Muchas gracias por sus palabras amables respecto a mi librito sobre la Institución. Lo hice más que nada para cumplir una deuda de gratitud para con mis maestros y también para dar a conocer la labor de aquéllos, no sólo en América,

(80) *Ibidem*, p. 62.

(81) *Ibidem*, p. 63.

(82) Legajo 1388 del expediente personal de Lorenzo Luzuriaga en el archivo de la Administración Central (Ministerio de Educación) de Alcalá de Henares.

sino también en España, a donde he enviado bastantes ejemplares a fin de contrarrestar en cierto modo la canallesca difamación que hacen a todas horas aquellos miserables».

Después de algunas referencias a asuntos familiares y a sus relaciones mutuas de amistad, termina:

«Aunque dispongo de pocos ejemplares, le envío media docena por correo aparte, con el ruego de que los distribuya entre los amigos de ahí; entre ellos, R. Landa, en recuerdo de nuestros años juveniles, y Juana Ontañón, en recuerdo de su padre, mi maestro de latín en la Institución y de alemán en la Escuela Superior de Magisterio. A Manolo ya le envié uno a Madrid, así como a Pepe Giner a París. Siento no poder enviar más, pero no me han entregado más que 50 y he tenido interés en enviar varios a España, incluso a enemigos de la Institución, y espero que hayan llegado, pues los he enviado a través de la Universidad. Les sentará como un tiro.»

La década de los 50 es, para Luzuriaga, una etapa densa y prolífica. En ella alcanza la plena madurez de su «espíritu institucionista», como él mismo dice (83). En una carta a Gloria Giner de los Ríos, de la misma fecha (29 de septiembre de 1958), ya cerca de los 70 años, se autodefine así:

«Querida amiga: Mucho le agradezco su carta y sus palabras amables respecto a mi librito sobre la Institución. Ya le digo a su hermano la razón de por qué lo he escrito, a pesar de ser yo uno de los «institucionistas» de menor importancia, aunque lo sigo siendo en espíritu. Mis hijos y mis amigos no dejan de recordarme este origen, pues a pesar de todo, conservo algo de aquel espíritu en lo que respecta a cierto rigor en la conducta moral, cierta austeridad y sencillez en la vida, alguna sensibilidad para el campo y para el arte y mayor tolerancia de lo que acostumbra. Lo único que siento es que mis nietos no puedan ser educados en aquel ambiente, pero creo que algo les legaré de él. En verdad no creo que haya habido en Europa, salvo en cierta minoría inglesa, un ambiente y un espíritu como aquél, sobre todo en los años que yo participé en la Institución. Vista a lo largo del tiempo, aquélla parece como algo realmente único y extraordinario.»

Resulta sumamente interesante la lectura de su correspondencia en este período final de su vida. En ella hace un análisis durísimo del estado de la pedagogía española de la época y se percibe el desencanto profundo que le produce la situación política internacional (84).

En la carta ya citada a Gloria Giner de los Ríos, termina diciendo:

«Estuve en Madrid el año pasado y vi a unos pocos amigos, supervivientes de la Institución y sus anexos. (...) Se reúnen semanalmente a pesar del cierto riesgo que corren. Vi a Manuel Varela Radio, a quien leí el original del librito, y no le pareció mal. De mi tiempo, nadie, ni de la Institución ni del Museo. Aquello es un desierto. Lo único que queda vivo son los amigos de Ortega, que se siguen reuniendo en la Revista de Occidente. El edificio de la Institución, como Vd. sabrá, está convertido

(83) Esta referencia a su formación institucionista la reitera Luzuriaga en numerosos escritos y circunstancias. Siente una intensa añoranza del trabajo —que ya era historia— en la Institución Libre de Enseñanza.

(84) Cartas a A. Castro, familia Ortega, Ricardo Urgoiti, Luis Calandre, etc.

en escuela «Joaquín Sorolla», menos mal, aunque por fuera está bastante deteriorado. Y del Museo, para qué hablar. Está muy bien instalado, pero no hay media docena de lectores. Se llama ahora Instituto San José de Calasanz. (...) Entre los estudiantes, como Vd. sabrá, sigue habiendo bastante inquietud, y aunque las palabras no pueden hacer mucho, pueden ser un fermento para el futuro...»

Estas cartas que Luzuriaga escribe a Bernardo y a Gloria Giner de los Ríos, que residían en México, constituyen un pequeño testamento pedagógico y político del pedagogo institucionista. Rezuman honda nostalgia y preocupación. Es el final del itinerario de un exilio dramáticamente vivido y sentido apasionadamente.

En octubre de 1959, la Universidad de Buenos Aires le rinde un homenaje con ocasión de su 70 aniversario. Moriría, de una trombosis, el 23 de diciembre de ese mismo año.